

UN



OLIVIA TEROBA

LUGAR

SEGURO

DIVAGUE

UN LUGAR SEGURO

**PREMIO ESTATAL DE ENSAYO
«EMMANUEL CARBALLO» 2018**



ENSAYO

UN

OLIVIA TEROBA

DIVAGUE
LUGAR

SEGURO

*Para todos mis afectos.
Sus nombres los llevo conmigo.*

Y si pienso sin precaución
Y si pienso sin tu lengua
Y si pienso sin tu historia

Y si pienso con mi lengua
Y si pienso con mis memorias

ANGELA NEIRA MUÑOZ

Creo que nuestro trabajo será doloroso y que se le desconocerá. Creo que debemos resignarnos a ello con humildad, pero con fe profunda en su grandeza y su fecundidad. Nuestras pequeñas vidas individuales contarán poco, pero todas nuestras vidas reunidas pesarán de tal modo en la historia que harán variar su curso.

VICTORIA OCAMPO

DESOCUPARSE

Mi hermano menor consiguió trabajo en la Ciudad de México y se ha mudado, como era de esperarse, conmigo. Solo somos él y yo, en un departamento con dos habitaciones, comedor, cocina y baño. Ha sido difícil: antes de que llegara, había empezado a acostumbrarme a vivir sola. En algún momento compartí este lugar con mi expareja, y cuando se fue hice lo posible por estar fuera de casa la mayor parte del tiempo. Incluso, en un gesto de dramatismo innecesario, desconecté el refrigerador. Ya me estaba reconciliando con este espacio cuando, de un día para otro, mi hermano llegó desde Tlaxcala, nuestra ciudad natal, a dormir en el que era mi estudio, ocupar mis utensilios domésticos, llenar la mitad de *mi* clóset con su ropa.

Conforme se lleva tiempo viviendo sola se aprenden ciertos trucos: cómo evitar las plagas, quitar el cochambre de la estufa y el sarro del baño, la mejor hora para tender la ropa y otras formas de mantener la casa en un precario equilibrio de orden y limpieza. Mi sensación al principio era que mi hermano no conocía esas reglas y yo no quería explicarlas: sentía que eso implicaba hacerme cargo de él.

Cada tanto me descubro haciéndome cargo de la gente, sobre todo de mis parejas. Un cuidado que raya en la asfixia y que deja tan harta a la otra persona como a mí. Con el tiempo, me di cuenta de que este hábito se relaciona con la

necesidad de sentirme apreciada por otros. A la par, desprecio mis propios asuntos: siempre parece más importante resolver la vida de otra persona.

*

A lo largo del año pasado acudí a tres especialistas en adivinación: astrología, tarot y clarividencia. En cada consulta intenté poner toda la atención posible, segura de que a través de las palabras del otro surgiría una señal. De lo que me dijeron, logré reunir un discurso medianamente coherente, adaptado a un sistema de creencias personal.

Estos días me resuenan ciertos aspectos de mi personalidad relacionados con mi signo zodiacal: Libra. Aéreos, y por lo tanto volubles, los libra solemos ser más inestables de lo que parece. Se dice que las personas reencarnan en este signo para aprender a mantener un equilibrio que no consiguieron en su vida anterior. No sé si sea eso, una inmadurez prolongada o simple falta de inteligencia emocional: con frecuencia, suelo irme a los extremos. Por ejemplo, atiendo demasiado a las personas o no les pongo atención en absoluto. Por eso, al principio, negué todo tipo de ayuda a mi hermano. Me enojaba su presencia aquí.

Coincidió que justo estaba en una etapa de transición, es decir: sin trabajo. Todo el día en casa, intentando disciplinar la pereza, la desidia, la lujuria; comprenderlas para entender cómo todo esto podría conducirme a escribir. Pero siempre hay algo que hacer antes de lo más importante.

A veces me pregunto si vivir no es una serie de procrastinaciones. Y qué ocurre con aquellas personas que hacen todo a tiempo, pendientes del reloj y del calendario. En la lógica del capital, el éxito de unos se sostiene del no-éxito del resto. Así, mi hermano debe levantarse todos los días a las seis de la mañana para ir a la oficina, mientras yo me despierto a eso de las nueve y apenas a las once estoy desayunando. A lo largo del día se agolpa una multitud de pendientes absurdos, desde enviar un texto, hasta una entrevista de trabajo, pasando por preparar la comida, ir al gimnasio o buscar algún curso de inglés por internet.

Todas estas actividades rodean al acto de escribir: son las desviaciones de una tarea que siento a ratos imposterizable, a ratos un fastidio: por momentos imposible. No obstante, llega. Y es estar aquí, sentada en el escritorio que ahora comparte espacio con el comedor y la sala, en un intento de darle sentido a mi tiempo, a mi ocio. Quizá sea eso lo que importa, más allá de lo que dicen las palabras que tecleamos: refugiarse en un mundo propio, evadir la exigencia permanente de ser productiva.

Buscar dentro de las neurosis cotidianas, de la serie de actos insignificantes que se traducen como inactividad. ¿Qué puede haber en este vacío, en esta nada? ¿Empieza ahí la literatura? Escribir como una forma de alejarse de la pesadez. Para quebrar de golpe la necia igualdad de los días. Para reconectarse.

Pienso que los primeros relatos de la humanidad fueron producto del ocio: algo habría que inventar mientras se calentaba el cuerpo, después de una cacería, alrededor del fuego. En medio de aquella tranquilidad que brinda el calor y la compañía, podrían contarse los accidentes de la jornada: la habilidad de quien sembró las semillas o capturó a la presa, el peligro inminente de lo desconocido, las expectativas del futuro descifrado en los astros. En cambio, los primeros poemas debieron ser rituales: transformar el acto de comunicación en algo sagrado para compartir con el grupo esa sensación religiosa que brinda la noche.

En *La diosa blanca*, Robert Graves explora los orígenes ceremoniales de la poesía y su íntima relación con la espiritualidad de cada época. Habla también de cómo los fundamentos filosóficos que sostienen el paradigma occidental en realidad dan la espalda al mito poético, relacionado a la naturaleza y lo femenino. Para Virginia Woolf, la obra de arte literaria debe ser hermafrodita. Afirmo esto en *Una habitación propia*, al tiempo que reconoce ciertos rasgos estilísticos como «femeninos»: el amor a la naturaleza, el misticismo, un punto de vista enfocado en las relaciones sentimentales, y otros como «masculinos»: el raciocinio, la fascinación por el progreso, la búsqueda de la perfección del individuo.

Yo escribo narrativa, sobre todo cuento. En mis textos no quisiera buscar una literatura «femenina» porque ni siquiera entiendo a cabalidad qué podría hacer partiendo de esa idea. No

obstante, lo que sí quiero es ubicarme, reconocermé e intentar que de ahí surja mi escritura. Soy una mujer que escribe, parte de una sociedad que a marchas forzadas descubre (ya no digamos suprime) su idiosincrasia patriarcal. Sé bien que este desánimo para escribir, que viene unido a la sensación de que mi voz será desatendida, tiene que ver con el silenciamiento sistemático que otras escritoras vivieron antes que yo. Hace tres siglos, era casi imposible que una mujer firmara un libro con su nombre. En México, hace cincuenta años, Asunción Izquierdo usaba un seudónimo para publicar y así no disgustar a su marido. Suena lejano, pero si lo comparamos con el curso de la historia, podemos darnos cuenta de que la emancipación de la mujer y su reconocimiento como creadora es muy reciente, más en nuestro país.

No hay mayor freno para la escritura que la indiferencia de los lectores.

12 Hace poco encontré en la Feria del Libro de Guadalajara *Cómo acabar con la escritura de las mujeres*, de Joanna Russ. La edición es española. Me lo mostró una amiga mientras veíamos libros juntas. Quedaban solo dos ejemplares. Dudé en comprarlo: era carísimo en pesos mexicanos. Mi amiga, que escribe poesía, estaba en la misma disyuntiva. Era nuestro último día en la feria y habíamos excedido ya nuestro presupuesto. Ella tomó uno de los ejemplares y lo abrió en el índice. Lo miramos juntas. Era bastante explicativo. Respondiendo a la pregunta del título, algunos nombres de los capítulos son: «Prohibiciones», «Mala fe», «Negación de la autoría», «Falsa categorización», «Aislamiento», «Anomalía», «Falta de modelos a seguir». Estos mecanismos, por siglos, de forma abierta o velada, han anulado las voces femeninas en la literatura. Tener conciencia de ellos, notar su persistencia en nuestros días, es esencial para adentrarse a una lectura contextualizada de la literatura escrita por mujeres. Ver por escrito lo que mi amiga y yo habíamos intuido en años de lectura y escritura, nos convenció. Compramos el libro juntas, animadas por compartir aquella certeza.

Pienso en el canon: lo que me enseñaron en la escuela, lo que leí en mi juventud, lo que recomiendan leer a quien comienza a escribir: libros, en su mayoría, escritos por hombres blancos y

occidentales. Pienso en Nellie Campobello, Yolanda Oreamuno y Elena Garro. Las tres vivieron en México y escribieron obras con una sensibilidad única, brillantes entre la opaca y uniforme escena literaria de su época. Apenas ahora empiezan a ser leídas y estudiadas. Y aun así se les excluye; por ejemplo, cuando algún crítico las llama «raras», como si hubieran aparecido por generación espontánea y desaparecido de pronto. Jessa Crispin, en la introducción al libro de Joanna Russ, dice que llamar a algo «raro» es en realidad un «rechazo disfrazado de halago». Una escritora «rara» no tiene antecedentes ni sucesoras, su participación en la historia literaria se considera «extraordinaria» y, por lo tanto, no se integra a la historia del país o tradición literaria.

Por eso, para escribir debo ubicarme en una línea de escritoras que me preceden y que me seguirán. Ahí están todas las mujeres que han escrito, que escriben, que escribirán. Algunas que la tradición ha aceptado casi a la fuerza: Emily Dickinson; aquellas injustamente olvidadas: Josefina Vicens; quienes hacen de su escritura denuncia y política: Koleka Putuma. Y, ¿por qué no?, mis amigas. Añade Jessa Crispin: «Si la historia oficial se niega a contarte de dónde vienes, siempre puedes crear tú esos caminos».

13

*

Ante la incertidumbre, creamos rituales propios. De ahí que algunos se obsesionen por recuperar, a través de la escritura, lo que se sabe perdido. Una práctica necesaria: «Es apropiado y positivo tener un rito como este de escribir todos los días como primera actividad. Tiene algo del espíritu religioso que tan necesario es para la vida y que, por distintos motivos, he ido perdiendo cada vez más con los años». Mario Levrero, en su *Discurso vacío*, presiente la necesidad de hacerse de una espiritualidad propia para cubrir los vacíos que se han ido formando a lo largo del tiempo.

*

Digo que el departamento es mío, pero en realidad es propiedad de mis abuelos, es decir, de la familia. Así que no me puedo quejar. Antes de mí lo ocupó una tía. Cuando llegué a la ciudad,

ella hizo lo posible para que no me instalara aquí. Aunque para ese entonces solo usaba este sitio como su bodega: tenía tiempo que había comprado su propio departamento. Ahora la entiendo. El egoísmo, al parecer, viene por instinto. Es la sensación de que alguien nos está robando algo. Quizá no lo utilizamos, pero nos damos cuenta de que lo consideramos exclusivo cuando alguien más quiere ocuparlo.

Creo que con mi hermano el contraste entre nuestras situaciones es lo que más me irrita. Él es la representación de la productividad; yo me siento como un símbolo del ocio. En la desocupación, los días pasan como parpadeos. La casa se vuelve todo. Ocupamos espacios con lo que somos: la cocina con los afectos, la sala con las lecturas, la azotea con la ropa húmeda y la música a todo volumen. La habitación, por su parte, conforma el punto más hermético de la intimidad. Un cobertor sobre la cama es el último bastión ante la constante amenaza que es el mundo exterior. Pero bajo las sábanas, habita también nuestra conciencia. ¿Quién quisiera estar todo el tiempo dentro de sí misma?

14

La guarida puede tornarse encierro. Tras días aquí, noto mejor las manchas en el piso, el desorden de los libros, la necesidad imperante de cortinas nuevas, el polvo que no deja de acumularse. Mi madre dice que hay más polvo en la Ciudad de México que en Tlaxcala. Puede que tenga razón. «Todo tiende a la entropía»: esa frase que me obsesionaba en la facultad se ve representada en mi cuarto, en la sala donde escribo, incluso en mi computadora, repleta de archivos guardados en cualquier espacio del disco duro, sobre todo en el Escritorio. El impulso por ordenar llega a ratos y se va con la misma velocidad.

«Mis papeles están en desorden, mis cajones por arreglar. (...) Esto no tendría mayor importancia, creo, si yo tuviera orden interior. Pero las personas que se preocupan demasiado con el orden externo lo hacen porque internamente están en desorden y necesitan de un contrapunto que les dé seguridad», dice Clarice Lispector en *Revelación de un mundo*. ¿Dónde está el punto de apoyo, ese lugar seguro desde donde puede partir la escritura? ¿Existen condiciones ideales para escribir? ¿Rutinas idóneas?

Cuando trabaja en una novela, Haruki Murakami sale a correr a las cuatro de la mañana. Regresa a escribir. En la tarde, hace ejercicio de nuevo. No obstante, la mayor parte de los escritores estamos lejos de alcanzar ese ideal. Nick Greene, un colaborador de la revista *Vice*, publicó un artículo con el nombre «Copié la rutina de escritores famosos y la odí». Ni madrugar, ni tomar café, ni encerrarse en el baño mejoró su productividad al escribir.

*

Después de que llegó mi hermano, tuve que trasladar mi escritorio a un lado de la entrada del departamento, a un metro de la mesa y el sillón que conforman, respectivamente, nuestro comedor y sala. Es un mueble pequeño, armable, hecho para un ordenador antiguo: tiene una base amplia para el CPU y una tabla corrediza para colocar el teclado. Cuando lo utilizo, acomodo mi laptop sobre una caja de plástico para tenerla a la altura de la mirada. Conecto un teclado y un *mouse* por USB, para escribir con mayor comodidad. También uso lentes antirreflejantes.

15

Hace tiempo, tuve una iMac con una pantalla de 27 pulgadas, que compré con el dinero de un premio. Casi inmediatamente después de obtenerla sentí que era demasiado; incluso me obsesioné con la idea de que tanta luz podría lastimarme los ojos. Solía diseñar en ella, pero no escribir. Quizá estoy acostumbrada a la tosca interfaz de Windows que me acompaña desde los siete años. Parece que solo puedo escribir en espacios a los que estoy habituada: aunque he armado aquel aceptable centro de trabajo, escribo esto desde la cama, mientras el gris deslucido del exterior parece reflejar mi estado de ánimo. Tengo una leve molestia en el costado izquierdo: mañana iré a hacerme análisis para averiguar si tengo algo en la vesícula.

Para curarme de las enfermedades que no tengo, escribo. Lo hago también para creer que las actividades tan dispares que he realizado —atender una tienda de abarrotes, dar visitas guiadas en museos, pasar años en fiestas con artistas plásticos, estudiar Comunicación y después Literatura, ser *community manager*

para empresas trasnacionales, viajar como mochilera— pueden tener una secuencia lógica en mi mente. Después de todo, es la narración personal, la historia que nos contamos a nosotros mismos, la que da un frágil sentido a todo.

Me responde Clarice: «Para escribir, el aprendizaje es la propia vida viviendo en nosotros y alrededor de nosotros». Quisiera poder interpretar en esa clave lo que me ocurre, y que la escritura volviera a ser una garantía de tranquilidad, un medio de comunicación conmigo. Como cuando era adolescente y escribía un diario y las palabras le otorgaban sentido a cualquier confusión o pesar. Quisiera extraer lo que hago de la lógica de la productividad y dejarlo existir, sin pretensión alguna.

*

Hace mucho, cuando mi hermano y yo éramos chicos, digamos doce y siete años, le leía antes de dormir *Las mil y una noches*, uno o dos cuentos cada vez, a veces más. Sin importar que a lo largo del día hubiéramos discutido, o que alguno de los dos estuviese atareado o triste, cumplimos ese ritual cada noche, hasta terminar el libro.

Fue un asidero. En aquel tiempo la casa estaba en remodelación después del caótico divorcio de mis padres. Poco a poco, iban desapareciendo muebles, cajas con fotos, *cassettes* y ropa. En ese libro nos encontrábamos cada noche. Las palabras eran tierra firme. Las historias, ilusiones tan vívidas que por un momento nos permitían olvidar lo demás.

Estos días, él vuelve exhausto del trabajo. Hablamos poco: parece molesto todo el tiempo. Si acaso conversamos es sobre alguna reparación de la casa, o para hacer cuentas de los gastos en común. Después, él se prepara unas quesadillas para cenar y se encierra en su habitación con los audífonos puestos, a escuchar batallas de rap o hablar por teléfono. Desde la sala lo oigo platicar con los amigos que dejó en Tlaxcala. Supongo que está triste. No me consta. No me atrevo a preguntarle. Quisiera saber en qué momento dejamos de utilizar ese puente para comunicarnos. Me refiero a las palabras.

Mientras escribo esto, él está dormido. Tengo el sueño desordenado, así que me acuesto unas horas antes de que él se despierte. Incluso en la Ciudad de México, la madrugada es un silencio denso. A través de la puerta de su habitación se filtran murmullos. Mi hermano habla dormido. No distingo lo que dice pero me hace recordar otros tiempos, cuando nos relacionábamos sin problemas, incluso con ternura.

OBRA NEGRA

Cuando era adolescente, todo el tiempo pensaba que no quería ser como mi madre. A partir del divorcio, ella tuvo varias relaciones conflictivas, que repercutieron en la vida familiar. Sus problemas emocionales se reflejaban en la estructura de nuestra casa, siempre en construcción. El edificio, de dos pisos, al principio contaba con tres recámaras, un estudio, dos baños, sala, comedor y cocina. Era grande. Alguna vez mi padre, cuando aún vivía ahí, mandó construir una habitación extra, totalmente inútil: una bodega, la llamó. Cuando mi madre le preguntó cómo la pagaría, él respondió que con un bono que a ella acababan de darle.

19

Años después mi padre se fue y mi padrastro llegó a vivir con nosotros. Sin preguntar a nadie, el nuevo hombre de la casa decidió que comenzar nuestra vida en común ameritaba una remodelación. Desarmó y después tiró a la basura varios muebles de madera: libreros y roperos que estaban empotrados a las paredes. Prometió reemplazarlos, pero no lo hizo. Quedaron los huecos, con la pintura de un color más claro que el resto. Varios años después, durante una discusión con mi madre, mi padrastro tiró al piso una mesa pequeña de vidrio. Quedó hecha añicos. A esas alturas, discutían por cualquier cosa. Digo cualquier cosa, pero a veces discutían por mí. Yo lo odiaba y les hacía la vida imposible a los dos. Era, como dije, adolescente.

Él también se fue. Después mi madre contrató a varios trabajadores para hacer distintos arreglos en la casa: cambiar las

losetas del piso, poner un baño nuevo, una mejor puerta en la entrada. Comenzó a salir con uno de los obreros. Estuvieron juntos varios años. Al principio, parecía una relación menos violenta que las anteriores. Él era, incluso, cariñoso. Pero ejercía otra forma de control que todos tardamos mucho en dilucidar. Solía pedirle a ella grandes sumas de dinero prestado. Nunca lo devolvió. Además en ciertas ocasiones, después de que él estaba en casa, desaparecieron joyas, dinero o dispositivos electrónicos. Dicho así suena muy obvio, pero era tan sutil que siempre encontraba la forma de librarse de la culpa. Empecé a discutir mucho con ella por esto. Así que me fui a estudiar la universidad a otra parte y evité volver todo lo que pude.

20

Fue muy difícil convencer a mi madre de que lo dejara. Lo hizo después de varios años, cuando se acumularon nuestros reclamos y los de sus amigos, las insistencias del banco, y la certeza de que él nunca le iba a pagar. La situación estaba llegando al límite: ella no podía endeudarse más. Había pedido una serie de pequeños préstamos para solventar otro mayor. Cuando por fin dejó de verlo, aquel hombre le había robado, de a poco, la mitad de su patrimonio.

En Tlaxcala, lo sé de oídas, muchas mujeres son estafadas por sus parejas. Ellos inventan oportunidades de negocio o problemas familiares, y ellas, la mayoría con sueldo fijo, piden préstamos exorbitantes para ayudar a sus amantes, que con la misma creatividad, inventan mil excusas para no pagar el dinero que deben. En los mejores casos, esos hombres se alejan, después de haber obtenido una cantidad considerable de dinero o bienes inmuebles. En los peores, la extorsión dura por años hasta que culmina de forma violenta.

Además, Tlaxcala es el estado donde se tejen redes interminables alrededor de la trata de personas. Sobre todo de mujeres, que son explotadas en otras partes del país, e incluso en el extranjero. Muchas de ellas son reclutadas por hombres jóvenes, que por medio de elogios y regalos las convencen de comenzar un noviazgo. Poco a poco las encandilan con promesas de un futuro estable. Un día, de pronto, ellas desaparecen.

Pero en mi ciudad de origen no solemos hablar de eso.

*

Hace poco, una amiga me acompañó con una vidente. Entre otras revelaciones, la adivina me dijo que mi alma está detenida en la adolescencia, debido a que no tomé una decisión a tiempo. ¿Sería, acaso, irme de casa lo antes posible? Lo hice tarde: llevaba ya dos años siendo mayor de edad cuando lo logré. Y seguí dependiendo de mi familia. Por más que una busque separarse, el dinero nunca alcanza y la promesa de libertad del mundo adulto se desvanece con el alud de responsabilidades que trae consigo. Alguna vez, el novio de mi madre que estuvo tan involucrado en la construcción de la casa, aquel que la estafó, me prestó su camioneta para una mudanza. Una depende, muchas veces, de lo que odia.

*

Cierta tarde, cuando aún vivía en la casa materna, un amigo me visitó. Ese día, como otros, el lugar era un desastre. Mamá no pasaba mucho por ahí: trabajaba doble turno. Yo iba en la prepa, mi hermano menor en la secundaria, el más pequeño en la guardería. Nadie limpiaba. No nos hablábamos. La construcción estaba en obra negra, había ropa y mochilas en los sillones de la sala, trastes sucios en el comedor, envases de comida rápida abiertos en la cocina. El pasillo para ir a mi cuarto estaba repleto de ropa y zapatos tirados en el piso.

21

Mi habitación estaba limpia, la había arreglado porque sabía que irían a verme, pero no quise limpiar toda la casa. Sentía que no me correspondía. Mi amigo veía con asombro el contraste de ese espacio con el resto del lugar. Su mirada era una interrogante. «Es una casa después de dos divorcios», le dije. Él rió incómodo. Mi amigo es artista plástico. Me dijo que con eso debería hacer una pieza. Un objeto artístico.

Lo he pensado desde entonces. Me imagino una instalación llena de ropa, juguetes viejos y basura, con un pequeño espacio libre en medio y una vela blanca encendida en su centro. O un cuento donde la casa sea el único escenario y los personajes, es decir mi mamá, mi papá, su segundo esposo, su novio, mis

hermanos y yo, podamos andar libremente, y donde todo lo que ocurrió pase de todas formas, pero al final yo pueda tomar de la mano a la gente que quiero y llevarla conmigo a un lugar a salvo.

No había escrito nada al respecto, hasta ahora. Algunos de mis cuentos tienen similitudes con mi historia familiar. Pero decirlo así, sin ficción de por medio, es distinto.

*

No quiero cometer los mismos errores que ella, pero es imposible escapar del juego de espejos que conforma el entorno familiar. Las dos grandes rupturas que he pasado me mostraron lo difícil que es cuidarse a una misma. Implica quererse, aceptarse, creer en nuestras ideas, en lo que hacen nuestras manos. Quizá a eso se refería la adivina con superar la adolescencia.

22 Mi primera separación fue catastrófica. Tenía 22 años y mi novio de ese entonces amenazó con suicidarse. Por eso volví con él. Nos veíamos de vez en cuando, para hacernos todo el daño posible. Verlo era como una droga. Cuando estábamos juntos, sentía una pequeña euforia, pensando que iba a recuperar algo perdido. Después de que él me hacía varios desplantes y se iba, yo lloraba. No importaba dónde estuviera: en la calle, en mi casa, a mitad de una fiesta. No podía evitar desbordarme.

Una de esas noches me emborraché y llegué llorando al departamento que compartía con compañeros de la universidad. Uno de mis *roomies* intentó acostarse conmigo. Yo no quería pero me sentía tan mal que terminé cediendo. Él me vio vulnerable y así lo hicimos. Fue cuando me di cuenta de que seguir viendo a mi exnovio me estaba haciendo daño. Tuve que recibir un daño menor para aliviar uno mayor. En ese momento lo entendí así.

La segunda ruptura fue mucho más íntima y sutil. Terminamos bien, pero cuando lo hicimos, la relación ya había llegado demasiado lejos. Él y yo llevábamos casi un año viviendo juntos, en el departamento que ahora comparto con mi hermano. Habíamos pedido permiso a mis abuelos para vivir aquí, ya que el lugar les pertenece. Hubo incluso una ceremonia de compromiso que parecía indicar la proximidad de una boda.

Cuando él se fue, sentí la soledad y la incertidumbre caerme encima. ¿Qué hace una mujer sola? Todo el tiempo quería salir de aquí. Me ponía mal ver lo que él había dejado: algunos muebles y ropa olvidada. Llegué al extremo de vaciar la alacena y desconectar el refrigerador. Comía afuera y el cuarto donde dormíamos lo volví una bodega. Mi lugar propio, tan anhelado, se volvió una suerte de pesadilla. Nunca había considerado la responsabilidad enorme que es encargarse de una misma. Pensé entonces en mi madre y en todo lo que se le vino encima antes de que cumpliera treinta años: su embarazo adolescente, los divorcios, los hijos, las deudas que aún no termina de pagar.

*

Cuando una va creciendo no puede identificar la violencia arraigada en la cotidianidad. Por eso en la preparatoria un profesor me metió la mano bajo la blusa a mitad de una asesoría; por eso cuando me fui a hacer una prueba de embarazo —siempre me dio pavor esa posibilidad— el laboratorista me explicó que uno de los síntomas principales es la inflamación de los senos y me apretó uno con la mano; por eso, desde que comencé a tomar talleres de escritura, ya perdí la cuenta de los profesores que han intentado propasarse conmigo.

23

Me pongo furiosa pero no hago nada, solo los evito en silencio. Hago lo mismo que de adolescente, llevarme todo dentro. Pero ya no quiero. Pienso en mi madre llorando en el rellano de las escaleras. No recuerdo por qué lo hacía, pero lloraba y yo no podía protegerla. Los espejos siguen y es doloroso aceptar que no sabemos cómo curar esas heridas. Quizá sea necesario volver a ellas para entender. Y después, como si fuera un disco duro, buscar el espacio que ocupan y reemplazarlas por escenas más luminosas.

*

Recuerdo un texto de Alejandra Eme Vázquez, sobre Elena Garro: «Lo habría puesto menos complicado si hubiera amado más a su patria, si hubiera sido buena esposa, si hubiera educado bien a su hija, si no hubiera huido, si no hubiera tenido

amantes, si hubiera sido menos conservadora, si no hubiera sido tan seductora, si se hubiera resistido más a ella misma pero si con todo eso, hubiera escrito exactamente igual». Y recuerdo una noche en la cocina de la abuela, después de cenar. Solo somos la abuela, mi madre y yo. Mi mamá llora. Quiere divorciarse por segunda ocasión. Mi abuela niega con la cabeza y le advierte: «Es la cruz que hay que cargar».

Me desespera que esto siga pasando. No es posible que nadie nos haya dicho que somos fuertes. Que no tenemos nada que temer. Que las cosas no tienen porqué ser así. Que no pueden hacernos daño si aprendemos a ponerles un alto. No hay nadie que nos enseñe a querernos.

Pienso en mi abuela, en mis tías, en mi madre, en mis amigas, y no sé cómo empezar. No sé cómo podría convencerlas, decir algo que sea como abrazarlas siempre, inventar un conjuro, una serie de palabras que funcionen como amuleto; explicarles que ellas mismas son todo lo que necesitan para hacer cualquier cosa. Y decírmelo a mí, y creerlo.

LA CULPA

A la manera de Anzaldúa, quien insistió
en que la caída del imperio azteca
no fue culpa de una mujer, quien entendió
que el trato azteca a otras tribus
contribuyó a su propia destrucción
al subvertir la solidaridad
entre los indígenas contra los españoles. Yeah.

WENDY TREVIÑO

Estamos en la sobremesa de una comida familiar: mis abuelos, mis dos tías, sus esposos, mi mamá, mis hermanos y yo. Estoy emocionada porque hace meses no los veo; aunque a ratos me cuesta hacerles la plática. Mi abuelo me pregunta en qué estoy trabajando, le respondo que hago corrección de estilo, *freelance*. Es mentira: estoy desempleada. Ese trabajo lo terminé hace un mes.

25

Después, una tía cuenta novedades de su oficina. Se habla de política. Nos quedamos callados, expectantes, incómodos. Intento decir algo pero no me salen las palabras. Muchas veces tengo esa sensación con gente que estimo, pero con quienes no comparto el lugar de residencia, ni la profesión, ni las aficiones ni filiaciones políticas. Es decir, sobre todo con mi familia. Tiene diez años que no vivo en casa de mi madre, que colinda con la de mis abuelos. Y por más que intento frecuentarlos, saber cómo están, hay una distancia generacional y geográfica que nos apartará siempre. Esos silencios lo reafirman. Me pregunto por qué cuando estoy con mis amigas no puedo parar de hablar. O con alguien que me gusta. Sin embargo, con mis familiares hablo poco. ¿Les podría contar de lo que escribo? No, este espacio es distinto. Aquí digo todo pero lo hago para mí, en voz baja. Incluso cuando sé que otros van a leerlo. Visto de esta forma, lo que hago es una contradicción, un sinsentido. Dice Marguerite Duras que escribir es callarse, aullar sin ruido.

Durante las reuniones familiares, intento recuperar el vínculo de algún modo. Pregunto qué harán en vacaciones, qué comeremos en el cumpleaños más próximo. Cuento que fui a la presentación de alguna escritora famosa. Las respuestas son breves. Tengo la sensación de que mis tías no ponen mucho de su parte. Tal vez no les interesa lo que hago, o lo desaprueban y prefieren guardar su opinión. O quizá me pongo ansiosa cuando el silencio dura demasiado.

Entonces, dirigiéndome a mi abuelo, anuncio que intento escribir un ensayo. Me pregunta sobre qué. Sobre Tlaxcala, respondo. Es su tema favorito. Siempre ha estado orgulloso de ser de aquí. Incluso escribió un libro sobre Xicohténcatl Axayacatzin: el hijo de Xicohténcatl el viejo, quien formaba parte del concejo que decidió establecer una alianza con los españoles.

Le pregunto cómo se decidió a escribir sobre el tema. Me cuenta que a los treinta años conoció a José Revueltas. Lo vio por primera vez en una conferencia que el escritor dio en la universidad; después fueron colegas en ciertas oficinas gubernamentales. Pepe Revueltas, como él lo llama, estaba formando la colección *Cuadernos de Cultura Popular*, de la SEP. Un día le sugirió a mi abuelo participar con una biografía sobre el héroe tlaxcalteca. Mi abuelo respondió que él era economista, no escritor; aun así, al final se animó con la idea. Revueltas le hizo varias revisiones a su manuscrito, hasta que le dio el visto bueno.

Intento dirigir la plática para encontrar algún dato interesante, respecto a la relación de mi abuelo con el lugar donde nació. ¿Qué significa para ti Tlaxcala? Es una mala pregunta: demasiado predecible, con una respuesta en el mismo tono: él nos habla (porque todos en la mesa lo escuchamos sin intervenir) de la grandeza del pueblo tlaxcalteca y su división política en señoríos, en tiempos prehispánicos. Tiene tono de orador. Mi hermano, el más chico, le pregunta: ¿Verdad que los tlaxcaltecas no somos traidores? Y él responde: «Se es traidor cuando se es amigo».

*

Casi siempre, cuando menciono mi lugar de origen, alguien comenta: ¿son los traidores, verdad? Así llegué al primer cuento

que leí de Elena Garro. Algo tiene de paradójica mi afición por ella, dada la forma en que algunos usan el título de ese texto para aludir a nuestra ciudad. Sin embargo, sería exagerado pensar que su obra haya contribuido a este desprestigio. Muchos me preguntan, además, por los famosos tratantes de personas que ocupan la conocida zona roja que nos une con Puebla. Más allá del imaginario colectivo, la mala fama de Tlaxcala está fundada en problemas actuales, concretos. Quizá el estado más pequeño del país es un reflejo concentrado de la corrupción, la violencia y la misoginia que nos aquejan, y la ira en su contra proviene de mirarse en un espejo diminuto.

En dicho cuento, la protagonista no para de repetir «la culpa es de los tlaxcaltecas», como una forma de expresar el remordimiento por abandonar a su amado. Desde sus primeros textos, Elena estaba obsesionada con la traición y la fuga, lo cual se refleja en sus personajes femeninos: niñas que huyen de casa, mujeres que se comprometen con un hombre que la familia no aprueba o que abandonan a su verdadero amor para casarse por conveniencia. En su escritura y en su persona habitaron siempre contradicciones: el deseo de transgredir las normas de la sociedad patriarcal que la rodeaba y el miedo a infringir dichas normas; su insistencia en casarse como un acto de rebeldía y el arrepentimiento por abandonar el hogar paterno; su brillante personalidad y la falta de aplomo para conducirse en la política. Su solución, la definitiva, fue apartarse del mundo.

Si algo aprendí de crecer en Tlaxcala, es que la culpa histórica tiene matices. Un día, en la asignatura de Historia, durante el bachillerato, la profesora dedicó una clase entera a explicarnos cómo fue la llegada de los españoles. Después de capturar a unos mensajeros, el concejo tlaxcalteca se reunió para decidir qué hacer con los invasores. Los cuatro señores se decidieron por la alianza, que les permitiría derrotar al sanguinario enemigo: los mexicas. Xicohtécatl, el joven, un valioso guerrero, se opuso, aunque no formaba parte del concejo. Sobre eso trata el libro de mi abuelo: es la historia de cómo el rebelde fue asesinado por oponerse a la decisión de los más viejos.

Dice el himno que canté cada lunes durante los nueve años que duró mi educación básica: *fue el choque brutal con el hispano*

/el crisol que tu espíritu forjó. El ejército tlaxcalteca y otras tribus que se aliaron con los españoles fueron decisivas para la conquista de Tenochtitlán. ¿Es posible hablar de traición cuando la idea de México como una federación ni siquiera podía imaginarse? ¿Tiene sentido etiquetar a un pueblo entero como traidor, a más de quinientos años de un conflicto bélico, cuando tantos somos descendientes de ese primer mestizaje?

El tema se agota y mi abuelo me sugiere escribir sobre las cuatrocientas familias. Sobre cómo los tlaxcaltecas colonizaron varias regiones del norte. La mal llamada «Diáspora tlaxcalteca». Explica que el término es incorrecto, porque diáspora es cuando alguien huye. Pero en realidad fue una misión de apoyo a los españoles, realizada a cambio de privilegios: andar a caballo y armados, recibir tierras, mantener autonomía en su gobierno. En total fueron doce capitulaciones que, me dice, puedo consultar en sus libros de Historia. Estos acuerdos beneficiaron tanto a los emigrantes como a los habitantes del norte, a quienes enseñaron técnicas de agricultura que mezclaban conocimientos indígenas y españoles. La intervención de los tlaxcaltecas fue conciliadora: la ocupación del norte resultó mucho menos violenta que la de Tenochtitlán.

Es, concluye, una versión distinta a la que se tiene de nosotros en muchos lugares: una versión desinformada. Al tlaxcalteca solo lo consideran por ser pobre, por haber sido traidor y por andar por donde quiera. Pero todo tlaxcalteca regresa.

*

Hay detalles que únicamente comenta cuando hablamos a solas o con la presencia silenciosa de mi abuela. Cuando le pedí de nuevo que me contara la historia de su amistad con José Revueltas, la anécdota cobró otro sentido. Días después de que mi abuelo recibió de manos del escritor un ejemplar impreso de su libro *Xicohténcatl*, que apenas alcanzó a entregar antes de la fecha de cierre editorial, ocurrió la matanza de estudiantes en la Plaza de las Tres Culturas. Después de eso, ellos jamás volvieron a verse.

Es complicado, me dice. Quien iba a visitarlo a Lecumberri podía dar su carrera política por terminada. Cuando uno crece, hay cosas de las que se va arrepintiendo. Decisiones no tomadas que se quedan por siempre rondando en nuestra cabeza. Jamás lo volví a ver.

El día de la masacre, mi abuelo estaba en Tlatelolco, en las oficinas de una institución que lo había contratado hacía apenas un par de meses. Recuerda pocos detalles: las bengalas, el sonido de los disparos, la llamada por teléfono con la instrucción de no salir hasta nuevo aviso. Le pregunto si tuvo miedo. Ríe. Claro que sí.

Me cuenta que estuvieron ahí por horas, durante las cuales escucharon, varias veces, llamar a la puerta. Él y sus colegas guardaban el mayor silencio posible para no delatar su presencia. En algún momento tocaron con desesperación, y del otro lado se identificaron como estudiantes. Dentro, nadie se movió. El que abriera cargaría con la responsabilidad de poner en riesgo a sus compañeros de trabajo. ¿Qué tal si eran militares intentando engañarlos para encontrar algún estudiante escondido, o peor aún, algún chivo expiatorio que pudieran hacer pasar por cabecilla del movimiento?

29

Todo esto me decepciona un poco. Me gustaría que sus anécdotas fuesen épicas y mi abuelo representara el papel de héroe: que abriera la puerta a los indefensos y se atreviera a desafiar el precepto tácito de visitar la cárcel para volver a ver a su amigo. Pero quizá si él fuera más intrépido, yo jamás habría escrito estas líneas.

Mi abuelo tiene una mirada inteligente y una vitalidad impresionante. Quisiera tener la mitad de energía que él. A veces me levanto en días aciagos y apenas puedo moverme de la cama. Al mundo se le va el brillo. Pronto, él va a cumplir ochenta años. Mi madre, cincuenta. Yo, treinta. A mi edad, él ya llevaba varios años trabajando como profesor y estaba casado. Ella tenía dos hijos y estaba a punto de divorciarse. Yo no veo demasiado lejos en el futuro. Vivo un poco al día. Tengo miedo de no encontrar un buen trabajo donde pueda dedicarme a lo que me gusta. Tengo miedo de no pertenecer a nada. Tengo miedo de olvidar lo que es importante y dejar de escribir.

HOMETOWN

Tlaxcala es mi madre guardando silencio. Es mi padre de pie en la puerta de la casa, llevándose sus cosas, mientras se despide con un gesto de la mano. Tlaxcala es mi hermano trabajando nueve horas y estudiando cuatro más al día, para una certificación en Finanzas. Es mi otro hermano, el más chico, sembrando hortalizas en el jardín. Tlaxcala es la mano de un hombre golpeando a mi madre. Un tamal de mole caliente, a las ocho de la noche. Un rebozo que me presta mi abuela, para que no tenga frío. Es la gripe que me da cada vez que voy, porque ya no estoy acostumbrada al clima. Es un juego de mesa interminable con el que mi padre y yo intentamos acercarnos. Es mi prima contándome que vio otra vez a mi exnovio. Tlaxcala es mi primera vez en la cama de los padres de él. Mis clases interminables de karate. Es mi sobrino recién nacido que en realidad tiene ya un año y no he ido a visitar. El dolor de espalda de mi abuela después de pasar horas de pie, cocinando. Es una comilona sin fin. Mis tíos lanzando comentarios machistas en la sobremesa. Mis tías defendiéndolos cuando me atrevo a responderles. Es una discusión sobre política repleta de prejuicios. Los caminos que surcan los cerros a la vista de los volcanes.

Tlaxcala es la cuna de la nación. El lugar donde, en promedio, el crimen organizado mata cinco personas al mes. Y una de las entidades más seguras del país. Un estado con una capital del mismo nombre. El lugar donde muy pocas personas compran

libros, entran a librerías o bibliotecas. Quizá porque la mitad de sus habitantes vive en situación de pobreza. O porque hay pocas librerías y muchos bares. También hay muchos choques producto del alcoholismo. Y un museo de arte que expone una y otra vez artistas regionalistas del siglo pasado. Es una ciudad donde, quien empieza a escribir, se encuentra con un medio literario agotado por el desencanto y el recelo.

Tlaxcala es la cuna de la trata de personas. El lugar donde el sol corona el Matlacuéytl. El del chiste de las escaleras eléctricas. A donde voy a que me hagan tratamientos dentales, porque el dentista ahí es más barato. Un estado que queda a dos horas de la Ciudad de México. A veces a tres, si hay tráfico. El sitio donde me duele todo. Donde lloré tanto. Donde entré por primera vez sola a una iglesia, así, llorando, y hablé con Dios. El lugar al que vuelvo cuando estoy triste. Y que casi siempre me deprime más. Pero a veces no. A veces volvemos a encontrarnos, la ciudad y yo, y nos contamos secretos.

EL RUIDO QUE HACE UN ÁRBOL AL CAER

Hace casi diez años fui de campamento con amigos a las cascadas de un pueblo llamado Molcaxac, en Puebla. Superaba mi primera ruptura intentando ser más sociable. Salir de la ciudad me hizo sentir mejor; el alcohol y la marihuana contribuían a la sensación de ligereza. Recuerdo que al atardecer, recostada mirando el cielo, comprendí por qué lo llaman bóveda celeste: el horizonte tiende a curvarse. Le pregunté a una amiga, a mi lado, cómo fue posible que en la antigüedad tardaran tanto en percatarse de que la Tierra es redonda. Nunca había reído tanto.

33

Esa noche nos asaltaron. Cortaron con machetes las casas de campaña y nos apuntaron con pistolas. Nos tumbaron boca abajo, sobre la tierra. Primero la adrenalina hizo que el efecto de las sustancias en mi cuerpo disminuyera, después lo incrementó. Pensé que iba a morir. Mientras miraba el suelo y las absurdas figuras de colores que aparecían ante mis ojos, escuché las amenazas de los ladrones. Dijeron que eran narcos. En ese momento pasó por mi cabeza la idea de que entre tantos árboles no podría pasarme nada. Intentaba tranquilizarme.

*

Últimamente he soñado con árboles. Primero, venía en una *pick-up* con un hombre muy viejo. En la batea traíamos un pedazo de tronco. Él me comentaba que hacía mucho aquel pedazo de

madera fue un árbol, pero se había desgastado poco a poco. En otro sueño un amigo, que de chico pasaba mucho tiempo en el aserradero con su padre, me decía que su familia es un árbol. Y yo le preguntaba, ¿cuándo crees que empezó a secarse? Cuando murió mi abuelo, me respondía.

*

Desiderio Hernández Xochitiotzin es el único pintor tlaxcalteca famoso en todo el país. Miguel N. Lira, el único escritor reconocido. Esto no se debe a la falta de talento: el proceso de urbanización de la entidad es muy reciente, así también el acceso a educación superior, bibliotecas, librerías y a la vida cultural centralizada en la capital de nuestro país.

34 Desiderio es más recordado que N. Lira porque murió hace menos de diez años. Además, dejó una obra difícil de pasar inadvertida: el mural en Palacio de Gobierno. Cuatrocientos cincuenta metros cuadrados de frescos, con evidente influencia de Diego Rivera. Una declaratoria nacionalista, acorde al año en que comenzó a realizarse: 1957. Debido a la atención que se presta al mural, punto turístico imprescindible en el *tour* de un día que recorre la ciudad de Tlaxcala, el resto de su obra pasa muchas veces inadvertido. Cuando el artista murió, su hija coordinó un catálogo de su obra, *El árbol de la vida*, que incluye todas sus pinturas. En general, su estética es regionalista y folklórica. Podría pasar como una buena imitación de los muralistas famosos. Pero hay algunos cuadros, pintados durante su juventud, donde explora temas fantásticos, con un uso del color más aventurado con los tonos sombríos (negro, azul, verde), que en sus coloridos murales. Además, hace hincapié en el sincretismo religioso: deidades indígenas combinadas con elementos cristianos.

Por ejemplo, su cuadro *Árbol del alimento* muestra a una pareja de campesinos en posición de rezo ante una milpa que contiene a Cristo crucificado. Al fondo se dibujan siluetas con vestimentas tradicionales, también rezando, y cuatro guerreros tlaxcaltecas acompañados por el sol y la luna. *Árbol de la vida* tiene una estructura similar: representa una milpa que guarda una máscara de piedra gris al centro, desde donde se extienden

un par de manos que le entregan una mazorca a un hombre moreno, con el torso desnudo. El cielo está repleto de aquellos rostros grabados en piedra: las deidades que pueblan el mundo.

Por su parte, *Árbol de los ahorcados* tiene un aspecto mucho más lúgubre. Las líneas son deformes y recuerdan cuadros surrealistas. El hombre-tronco, el sujeto colgado, los magueyes saliendo de la tierra como figuras espectrales, evocan cierta leyenda de la Conquista. Se dice que algunos indígenas prefirieron morir por sus propias manos antes que aliarse con los españoles.

*

Mi mejor amigo es pintor. Lo conocí en la Plaza Xicohténcatl, donde cada sábado se instalan varios puestos de artesanías. Vendía pulseras fosforescentes y ponía al lado una carpeta con sus dibujos, de estilo *cyberpunk*. Desde que lo conocí me identifiqué con él. Hijo de padres divorciados, menor de edad, un poco a la deriva. Compartíamos la sensación prematura de tener que hacernos cargo de nuestra vida. Cuando nos veíamos, platicábamos por horas: sobre lo mal que está el mundo, sobre magia, sobre arte. La pintura me atrae desde siempre. Me reconforta. Por un tiempo, pensé en dedicarme a pintar. Pero soy muy impaciente con las actividades manuales.

35

Un día subí con él y su hermano a un cerro a media hora de la ciudad. Comimos hongos alucinógenos. Es curioso que muchas anécdotas coincidan en que, bajo el influjo de la psilocibina, es posible distinguir imágenes muy parecidas a las antiguas figurillas indígenas. Además de la hipersensibilidad que dicha sustancia provoca, parece que hay espíritus que habitan estos organismos vegetales. Al consumirlos y hacerlos parte de nosotros, emergen.

Ese día él me contó que el cerro donde estábamos es una pirámide escondida. Todo el pueblo lo sabe pero nadie quiere divulgarlo. Mejor así: se evita a los intrusos. En cada piedra que compone ese lugar, hay un dios pequeño. Dentro de los árboles, vida. Esas imágenes me brindaron la certeza de que algo superior me protege.

Tiempo después, mi amigo entró al Taller de Iniciación Profesional a las Artes Visuales. Fue parte de la primera generación. Antes de que existiera ese taller, no había otra forma de comenzar a estudiar artes sin salir de Tlaxcala. Después se fue a la capital del país, para hacer la licenciatura en la misma área. Siempre tuvo muy claro que quería dedicarse a dibujar y pintar.

Yo llegué a vivir a la Ciudad de México cuando él estaba en segundo semestre. Volvimos a frecuentarnos. Así, seguí su proceso y él siguió el mío. Un proceso creativo, pero también vital. Cada uno lidiaba, por su cuenta, con la sensación de abandono que acentúa la ciudad.

36

Él no lo sabe, pero su empeño en dedicarse a las artes me alivió siempre. Vivió por adelantado fases creativas que yo experimenté después. Por ejemplo, el cuadro con el que superó un bloqueo que había durado meses: llevaba ya varios lienzos fallidos cuando comenzó una policromía inmensa. Como si repasara para sí mismo las bases del color. Por momentos parecía un ejercicio. Un mosaico con cada tono posible. Un día tomó forma. Era el díptico de un árbol echando amplias raíces hasta el centro de la Tierra. Como siempre pasa con sus pinturas, los tonos fluorescentes le daban a su obra un aire de artificio, de futuro posapocalíptico. Como si aquel ente surgiera de una maraña de cables y acero, o como si fuera una vida extraterrestre, testigo de la devastación humana.

En su *Diccionario de Símbolos*, Jean Chevalier explica que el árbol pone en comunicación los tres niveles del cosmos: el subterráneo, por sus raíces hurgando en las profundidades, la superficie de la tierra, y las alturas, por sus ramas superiores atraídas por la luz del cielo. Además, es síntesis de todos los elementos: el agua circula en la savia, la tierra se integra a las raíces, el aire alimenta las hojas, el fuego surge de la fricción de la madera.

El día del asalto, por un momento, pensar en los árboles que nos rodeaban me tranquilizó. No obstante, apenas cerré los ojos, visualicé con claridad los titulares de los diarios anunciando el hallazgo de una fosa clandestina en un bosque.

No nos hicieron nada: los ladrones estaban mintiendo. No eran narcotraficantes; eran chicos del pueblo que nos vieron llegar, distraídos y con el equipaje repleto de objetos codiciables: celulares, una cámara profesional, una bocina. Aprovecharon el clima de inseguridad para asustarnos y arrebatarlos las cosas.

Ese día perdí también varias certezas. Y el miedo se quedó dentro.

Ahora intento recuperar la calma.

MEDIR LA TRISTEZA

Lloro demasiado: con las películas tristes, cuando leo algo que me conmueve, cuando estoy estresada, cuando alguien junto a mí se siente mal y alcanzo a darme cuenta. Las lágrimas pueden ser un alivio para la energía contenida dentro. Pero cuando rebasan el límite de nuestro cuerpo, cuando nuestra emoción se desborda y pierde cauce, pueden dañar, absorber incluso la vitalidad necesaria para realizar labores cotidianas.

39

En *El cocodrilo*, Felisberto Hernández juega con la posibilidad de un personaje que no para de llorar y las reacciones que genera a su alrededor. Ver a una persona desbordándose es naturalmente incómodo. Nuestra sociedad está hecha para contenerse: no reír a carcajadas, no llorar frente a otros, no hacer constar nuestra existencia demasiado alto. A mí me invade, de pronto, una melancolía incontrolable. Ocupa todo el cuerpo: mi pulso se hace más lento, me cuesta moverme, no quiero pensar en nada, porque todo son pensamientos obsesivos respecto a lo mal que hago las cosas. Como si mi vida pudiera calificarse en lo que está bien y lo que está mal hecho.

Creo que la tristeza tiene que ver con el tiempo. El tiempo desaprovechado, perdido, o el tiempo futuro que se muestra inextricable. Una percepción de la realidad que fuera solo presente, como en *Eterno resplandor de una mente sin recuerdos*, no tendría noción de la melancolía.

Quizá porque no sabía qué hacer con mi tiempo, mis periodos de tristeza se hicieron más frecuentes e intensos después de terminar la universidad. Fui al psicólogo, quien me envió al psiquiatra: «Has estado deprimida desde los doce años», me dijo. Pensé que era imposible: si bien desde ese entonces tenía arranques de llanto, de los doce años tengo grandes recuerdos: mis amigas de la secundaria y yo, riendo a más no poder. En esa época reía mucho. Todo era perfecto e instantáneo. La transición entre la infancia y la adolescencia fue indolora. Quizá el problema comenzó un poco después: en la preparatoria. Descubrí en ese entonces lo que es estar sola. A veces, cuando no tenía clases, me iba a caminar y lloraba. No tenía con quien hablar. Evitaba a mi familia. Por diversas razones, había perdido contacto con casi todas mis amigas. No soportaba el ambiente hostil de mi nuevo salón de clases.

40

Pasaron muchas cosas en esa época, algunas mejores que otras. Al final, me fui lejos. Aunque la tristeza me la llevé dentro. Regresa en momentos de tensión, cuando tengo demasiado por hacer; o al contrario, cuando tengo un día limpio en la agenda. Viene cuando siento que lo que hago no sirve, o que el mundo sería lo mismo si estuviera o no. Cuando no puedo conectar con la gente. Cuando estoy sola.

Nadie sabe cómo reaccionar; yo tampoco. No sé si haya forma de reaccionar en realidad. Lo único que me calma es que alguien cercano me acompañe, que me escuche o me abrace o ambas cosas. Conozco a pocas personas que saben escuchar, de hecho no sé si yo misma entro en esa categoría: suelo interrumpir a quien me cuenta su historia para dar consejos no pedidos.

En los velorios a los que he asistido, incluso de familiares, por más que intento, no puedo llorar.

*

Según ciertas páginas de internet, existen varias formas de diferenciar la depresión de la tristeza. Esta última debe durar seis meses para que se convierta en depresión, lo cual me hace pensar que el psiquiatra emitió conmigo un diagnóstico descuidado para salir del paso. Una vez, un médico de una Farmacia de

Similares me vio llorando en consulta y agregó a la receta «unas pastillas que te van a poner bien feliz, en serio».

Es peligroso confundir una emoción con una enfermedad, porque entonces parece, de verdad, que no hay salida. Además, para la medicina alópata en su peor versión (ya lo dije, la de farmacias de genéricos, con sueldos precarizados y médicos cargados de pacientes que pagan treinta pesos por consulta), lo más sencillo es ubicar un síntoma y dar un diagnóstico, pastillas incluidas.

Hace unos meses, a la mitad de una crisis emocional, amanecí con la garganta cerrada, el cuerpo cortado y problemas digestivos. Tras descartar las pastillas, fui con una acupunturista que me recomendaron. Le conté de mis dolencias físicas y de mi cansancio y tristeza crónicos. Ella me dijo que para la medicina china existen cinco energías que deben estar equilibradas. Mi *zhen*, aquella que corresponde a la voluntad, estaba fuera de sitio.

Me mandó cambiar la alimentación: dejar lácteos y carbohidratos. Además, hacer ejercicio. Me dio gotas de herbolaria y me puso agujas en puntos clave de la cabeza.

No me curé de inmediato. De hecho, no me voy a curar nunca porque no estoy enferma.

Llevo casi un año bajo tratamiento. He tenido altas y bajas, he de decir que muchas veces no sigo las indicaciones al pie de la letra. Descubrí que el proceso digestivo tiene mucho que ver con las emociones y las harinas refinadas me dan pesadez. Es el tipo de cosas pequeñas que, con la edad, descubres que te cambiarán la vida.

Como dije, la tristeza no se me quitó de inmediato con la acupuntura. Aún vuelve a ratos. Yo le cuento a Grecia (así se llama mi médica) y ella me dice que la mía no es una depresión clínica, de ser así ella ya la habría diagnosticado. Por cierto, la medicina tradicional china no es, como podría sonar, un asunto esotérico; es una práctica que comprende el cuerpo como un todo: no descarta que una emoción sea causada por algún desequilibrio físico, ni viceversa.

Un día llegué a consulta en un estado lamentable. Fue después de terminar un ciclo de trabajo muy intenso que duró dos años y me dejó con muchas dudas sobre mi vocación de

escritora. Llevaba unas tres semanas durmiendo diez horas diarias, sin hacer casi nada, salvo comer, limpiar la casa y de vez en cuando ir a nadar. El tiempo se me deslizaba entre los días, y eso me angustiaba porque tenía, en realidad, muchas cosas que hacer. Problemas del *freelance*: cada hora no trabajada se acumula hasta que el *deadline* cae sobre ti con todo el peso de la procrastinación.

Grecia, con el tiempo, se volvió mi amiga. Así que me preguntó, en un tono donde se confundía su labor médica con una preocupación sincera, si yo identificaba una causa de todo ese desánimo. «Creo que no sé qué hacer de mi vida», le dije. Y ella me respondió «Te voy a ayudar todo lo que pueda. Pero depende de ti».

Y sí, aunque suene trillado, y para una persona desanimada es desesperante escucharlo, hay un momento en que es necesario tomar una decisión. Ahí radica la diferencia entre la tristeza profunda y la depresión clínica: las personas tristes sufren abulia, pero aún cumplen sus obligaciones. Se aíslan, pero en algún momento buscan ayuda. Son funcionales. Saben que, aunque sea remota, existe la posibilidad de estar bien otra vez.

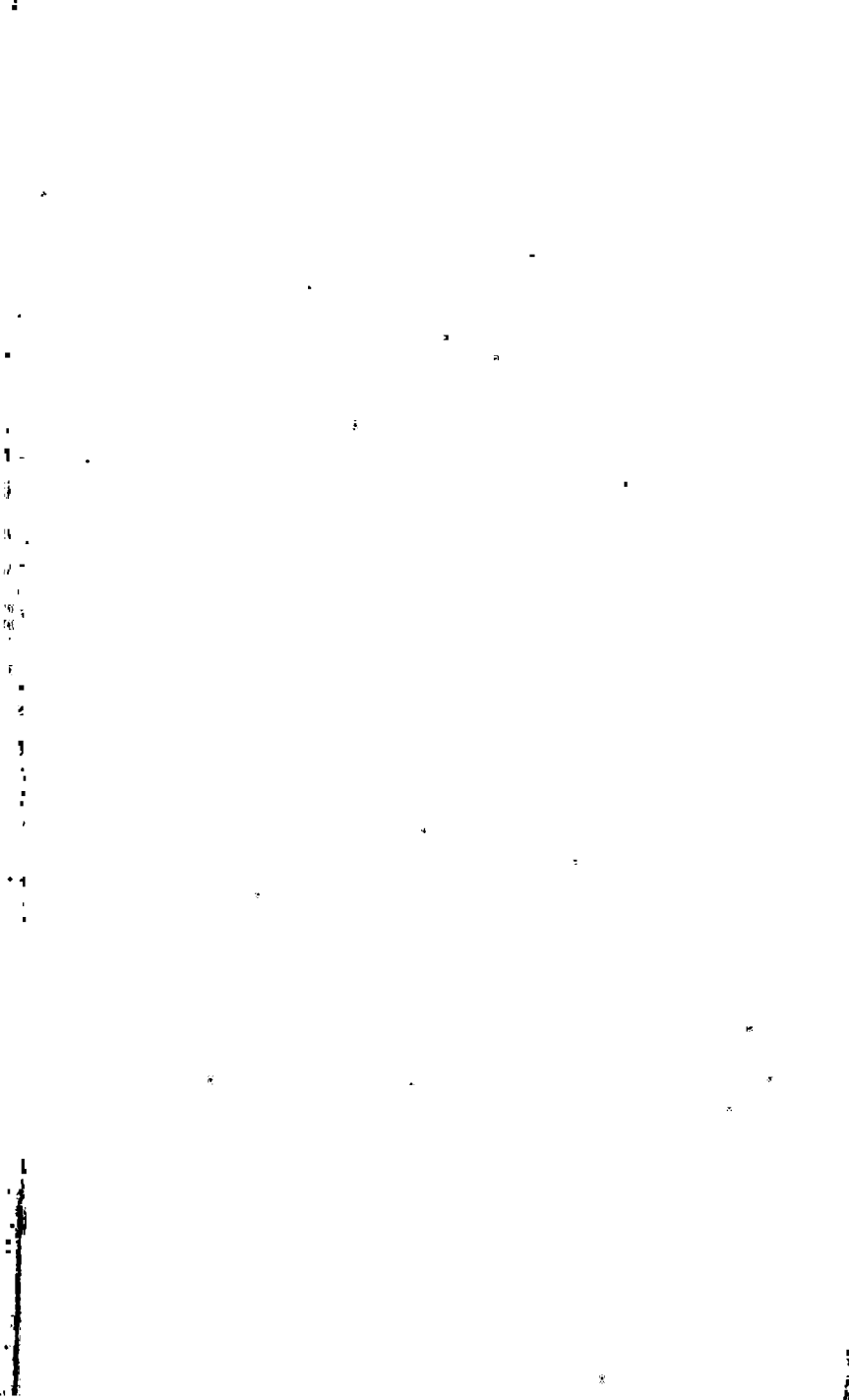
A veces, un fantasma me arrastra hacia abajo. Me dejo ir, por el curioso placer que causa la desidia. Solo puedo levantarme después de tocar fondo; es decir, cuando no logro levantarme de la cama en horas y me la paso viendo las redes sociales, o cuando me descubre el mediodía envuelta en pensamientos nebulosos, sin comer. Es una especie de iluminación, la certeza de que no quiero estar ahí y puedo elegirlo: *zhen*, la voluntad.

Quizá deba aprender a no llegar tan lejos para encontrarme con aquella sensación. A nombrar, enunciar lo que siento, como punto de inicio para comprenderme. En *Una intimidad inofensiva*, Tamara Kamenszain dice que en el sistema actual percibimos las emociones dentro de una jerarquía: algunas son «elevadas», señales de refinamiento, mientras que otras son «más bajas», señales de debilidad. Todo esto va ligado a una visión productivista de nuestro cuerpo: si nos vuelve *ineficaces*, lo que sentimos no sirve.

Quiero poner en el sitio justo esa parte de mí que corresponde a la tristeza.

El exterior también ayuda. Tener una buena charla. Salir a caminar. Hay amigas que me salvan sin saberlo. Después de una tediosa mañana en que me levanté tarde y apenas tuve energía para responder un par de correos y salir a comprar un poco de comida, justo cuando estoy a punto de resignarme a ver una serie mientras llega la noche, me escriben para contarme algo o para invitarme un café. Y aunque no les digo nada respecto a la tristeza, esta va menguando con la compañía.

Cuando estoy sola me funciona cocinar, oír una canción, escribir. Son pequeños rituales que me mantienen a flote.



El primer sostén lo compré con mi mamá en una pequeña tienda de lencería en el centro de Tlaxcala. Ella le pidió a la dependiente que nos ayudara con la talla. Una mujer de rostro profusamente maquillado me miró los pechos. «A ver, álzalos», me dijo. Yo los empujé desde abajo con las manos, ruborizada. Ella hizo un gesto de sorpresa. «En efecto, ya necesitas usar *brassiere*».

45

Mis senos y caderas se desarrollaron muy rápido. Yo pensaba que algo estaba mal en mi cuerpo: llamaba demasiado la atención. Las primeras veces que a mí y a mis dos primas menores nos dejaron salir juntas a caminar en el centro de la ciudad, había hombres que se hacían presentes a nuestro paso con chiflidos o piropos que apenas alcanzábamos a comprender. Era incómodo, pero, creíamos, inevitable. No sabíamos cómo reaccionar. Hasta un día en que salimos de paseo con una prima más grande y ella nos explicó que voltear a verlos era darles entrada, es decir, responder a un juego en el que nadie nos había preguntado si queríamos participar. Por ella entendimos que lo más conveniente era ignorarlos por completo. Cruzar la calle sin mirar atrás.

En esa época me vestía con pantalones acampanados y blusas ajustadas. Quería verme bien, lo que en mi lógica adolescente significaba: quería verme como todas. Una tía me prestaba unas sandalias de plataforma que me hacían tropezar. Mis primas

contaban cada vez que el pie se me falseaba. Ocurría sobre todo en calles empedradas. Llegaron a contar veinte tropezones, y lo absurdo de la situación nos hacía reír a las tres.

*

Toda la vida fui *gordita*. A veces mi familia me decía así de cariño. O mis compañeros de la escuela, en tono de burla. Yo sentía cómo aquella palabra evocaba un exceso evidente: la carne que me sobraba, la que no estaba pegada a los huesos.

Recuerdo a mi mamá o a mis tías, en diversos momentos, mirándose en el espejo, tomando con ambas manos una porción de su piel a la altura del abdomen (esa que llamamos *lonjas*), haciendo un comentario ofensivo hacia sí mismas, para expresar que aquello que sostenían sus manos *no debería* estar ahí.

Crecí pensándome como una figura excesiva, desbordada, exagerada y desagradable. Mi complexión física, junto con mis buenas notas, fueron pretextos para fastidiarme a lo largo de toda mi educación básica. Nunca faltaba quien me pusiera algún apodo o me dijera algún comentario hiriente a la menor oportunidad.

Llegó la preparatoria y todo cambió. Al principio, no entendía por qué los chicos me miraban de esa forma o se me acercaban tanto. Aunque el interés desaparecía rápido: al darse cuenta de que yo era más bien introvertida; de que en mis conversaciones siempre terminaba defendiendo la existencia de seres invisibles o de la magia, y en algún punto me ponía a llorar. Entonces pensaban que estaba loca. También me llamaban a veces así.

Quizá de la vergüenza a que me vean los pechos me viene la mala postura, incorregible. Siempre que me miro en el espejo trato de enderezarme, pero vuelve la gravedad. Cuando me veo en fotos, me desespero.

Una vez, un compañero me pregunta si él, por ser gay, podía tocarme los pechos. Le respondí que no. En otra ocasión, alguien me dijo: «si no fuera por tus bubis, te verías aún más gorda». Una supuesta amiga me ponía apodos relacionados con el tamaño de mi busto. ¿Por qué les impresionaba de esa forma mi presencia? ¿Qué significaba para ellos mi cuerpo?

De esa época no tengo fotos: se perdieron en una computadora averiada. Los emails de ese periodo vencieron por falta de uso y se borraron los archivos. No sé cómo era mi cuerpo. No lo recuerdo. Recuerdo sí, que cuando tuve novio y lo hicimos por primera vez, empecé a conocer partes de mí que ignoraba antes. A veces era placentero. Otras no: él me hacía reproches mientras me tocaba: «Deberías hacer ejercicio».

Al parecer, mi cuerpo y mi forma de ser debían adaptarse a la idea que ellos tenían del mundo.

*

Soy pésima para comprar ropa y zapatos. La mitad de las veces, elijo mal la talla. No tengo noción de qué tamaño es mi cuerpo, ni cómo se ve desde afuera. He cambiado más de tres veces los productos en las tiendas. Los encargados me miran con condescendencia, mientras yo sudo, nerviosa, con la certeza de que tomaré la decisión incorrecta.

¿Qué es lo que me queda bien? ¿Cómo debo verme? Si me siento más cómoda con la ropa que no muestre mi cuerpo, ¿es porque lo prefiero o porque los otros me impusieron sus miradas? ¿Pero, acaso la ropa muy ajustada no es también una imposición? ¿Qué es, a fin de cuentas, la comodidad? ¿Implica que lo que me ponga me haga sentir bien, o que no le tenga que prestar atención en absoluto?

A veces desisto y regalo lo que acabo de comprar.

Hace poco encontré en el libro *Comer y coger sin culpa*, de María del Mar Ramón, la descripción de una experiencia similar: «Durante mucho tiempo creí que no tenía ninguna secuela en mi mente por haber sufrido bulimia (...) Pero no es cierto, hay señales que me demuestran lo contrario, como la incapacidad para saber las dimensiones de mi cuerpo, ver unos pantalones y no tener ni idea de si me van a quedar o no, medir con las manos la distancia de mis caderas, y la ansiedad incontrolable y la sudoración que me genera la sola idea de subirme a una báscula».

Nunca tuve trastornos alimenticios graves, pero sí sentí en mi cuerpo adolescente la imposición de no comer: la culpa ante

el dulce, el placer de hacer lo correcto al ingerir fruta o ensalada. La sensación de que un chocolate en la boca se convertía de inmediato en un granito en la frente.

*

Un cuerpo deleznable por sus dimensiones, pero deseable para el acoso de los superiores: sean profesores, médicos u hombres mayores en la calle. Un cuerpo que ocupa demasiado espacio y con el que me cuesta identificarme.

*

Mis abuelos paternos tenían una tienda de abarrotes. Siempre nos regalaban dulces y frituras a los pequeños. Todas las mujeres de esa familia hemos tenido sobrepeso. Y hemos luchado en su contra: dietas, ejercicio esporádico, suplementos milagrosos. Algunas, por un tiempo, tuvieron el hábito de vomitar después de comer.

48

He practicado para intentar adelgazar: karate, zumba, pilates, natación, *basketball*, *spinning*, yoga.

He recibido golpes, se me ha desteñido el pelo, me he lastimado las rodillas por hacer mal los ejercicios.

Lo sigo intentando. Aunque no siempre reacciona como yo quisiera, intento mejorar la relación con mi cuerpo.

*

A veces, por trabajo, dejo de hacer todo tipo de actividad física. Puedo estar sentada el día entero en una posición incómoda, mirando fijamente la computadora. Al final, me duelen la espalda y la muñeca.

He pasado largos periodos de estrés, insomnio, mala alimentación. He probado varias drogas sintéticas. A veces me rasco los granos cuando estoy muy preocupada, hasta que sale sangre. Se me queda una marca roja, que tiende a morado, en la espalda o en la cara.

*

Escoliosis. Pie plano. Gastritis. Colón irritable. Intolerancia al gluten y a la lactosa. Infecciones vaginales. Barros. Caries. Gingivitis. Dolor de espalda, de rodillas. Eso es mi cuerpo.

*

Hace años, después de una fiesta, desperté con mi novio de aquel entonces, en su casa. Los dos teníamos resaca. Apenas me levanté, me puse la ropa del día anterior y salimos a desayunar. Nos acompañaron sus hermanos. Así, enfrente de todos, él me miró el cabello sin peinar y me increpó: ¿tú no eres nada femenina, verdad? Yo, que aún no sabía nada acerca del género, del feminismo ni del patriarcado, pero ya empezaba a hartarme de la presencia latente de este último en mi vida, le respondí: «tú no sabes qué es la feminidad».

La verdad, yo tampoco estoy muy segura de qué es lo femenino. Pienso, por ejemplo, en la pregunta que salta cada tanto, de si hay literatura masculina y femenina. No sé: quizá hasta ahora hay cierta cantidad de textos que fueron escritos por personas que se reconocieron como mujeres. Y una cantidad, mucho mayor, escrita por personas que se reconocieron como hombres. Y sí, quizá las temáticas y estilos cambien, según el género de la persona, esto en relación al contexto de su época: la forma en que hombres y mujeres experimentaron el mundo en el lugar y tiempo que habitaron. Pero no es que esto sea una regla, una imposición, una norma. Bueno, no debería. Quiero decir: la manera en que escribimos, nuestra forma de hablar y vestir, el tamaño de nuestro cuerpo, no deberían estar reglamentados, normados, ni ser impuestos por otros.

En palabras de Chimamanda Ngozi Adichie, «el problema del género es que prescribe como debemos ser en vez de reconocer como somos». ¿Cómo podríamos definir la belleza a partir de lo que ya somos y alejarnos de los modelos hegemónicos? ¿Cómo podríamos practicar la escritura lejos del canon?

*

Bailar en una fiesta. Comer mi platillo favorito. Caminar por la playa. Subir una montaña. Resistir las alturas. Resistir infecciones, bacterias, virus. Noches en vela, escribiendo. Abrazar a alguien. Dormir profunda, tranquilamente. Eso también es mi cuerpo.

PRESENTE SIMPLE

Estos días de no-hacer-nada me he obsesionado con Elena Garro. Aproveché la situación para terminar sus cuentos completos, que solo puedo leer en casa: el ejemplar de quinientas páginas es difícil de transportar.

Gracias al ritmo interrumpido que permiten las narraciones cortas llegué, sorteando labores del hogar, empleos temporales y maratones de series por internet, a *Andamos huyendo Lola*, publicado en 1980. Como a tantos de sus lectores, me desconcertó. Para el crítico Emmanuel Carballo, el libro «agrupa diez textos narrativos, los más cuentos y una o dos novelas cortas»; mientras, para Esther Seligson «resulta en su esencia una novela a la que le faltan unos puentes, algunas claves que quizá tampoco explicarían nada más, nada agregarían a un mundo inexplicable».

51

En efecto, estos cuentos a primera vista parecen desarticulados. Las personajes principales cambian varias veces de nombre y nacionalidad, aunque al parecer son siempre las mismas: una madre y una hija perseguidas. Aparecen eventualmente Lola y Petrouchka, compañeros de viaje que al principio parecen un par de pordioseros, después resultan ser gatos, y más adelante recuperan sus características antropomorfas. Nos enteramos de las desventuras de las protagonistas a través de la mirada de un niño, de un ser fantástico (una especie de *chaneque* les ayuda a escapar de la embajada estadounidense), y de un narrador

equidistante, que se adentra en la subjetividad de estas mujeres hasta convencer al lector de que ellas son víctimas de fuerzas inextricables, superiores a cualquier entendimiento.

Me atrajo ese desorden aparente, bajo el que subyace la intuición de una línea que atraviesa cada relato y da unidad al conjunto. Lo primero que sale a la luz al investigar sobre este libro es la falta de consistencia de la crítica. Para muchos, los escritos de Garro se desbocaron después del exilio: Seymour Menton afirma que los cuentos son demasiados difusos y carecen de unidad estructural. En otras lecturas más actuales, como las de Lucía Melgar y Liliana Pedroza, este conjunto de cuentos son una clave sobre el exilio, la migración y la omisión de las sociedades modernas ante las problemáticas de aquellos individuos que no existen para el sistema, sea jurídica o políticamente. De hecho, en una carta a Carballo, Elena se nombra a sí misma una No Persona.

52 Indagar en la biografía de Elena Garro es desembocar en un laberinto. Existen tantas versiones de su vida como biógrafos: ella misma llegaba a contradecirse en entrevistas. Hay algunos hechos que no quedan en duda: estuvo casada durante once años con el escritor más renombrado del siglo pasado en México y se divorciaron por acuerdo mutuo. En 1968, después de ser acusada en falso de liderar el movimiento estudiantil, y de que ciertas declaraciones suyas ante la prensa provocaran que los intelectuales le dieran la espalda, salió del país. Acompañada por su hija, intentó conseguir, sin éxito, asilo político en Estados Unidos. Estuvieron una temporada en Madrid; al final se instalaron en París. Nunca lograron una existencia tan cómoda y libre de complicaciones como en los años que duró el matrimonio. Ahí es donde la vida y la obra de Garro se entrelazan. No hago esta afirmación considerando que la obra deba leerse en clave biográfica, sino que puede entenderse como un testimonio que utiliza la ficción como herramienta para conducirnos a través de las experiencias desoladoras de la paranoia, el miedo y la exclusión social.

La narración desenfrenada de Elena es el continente tomando la forma del contenido: la descripción en varias dimensiones de una vida aparte, que se redime a través de la imaginación.

Los relatos-capítulos de *Andamos huyendo Lola*, «Una mujer sin cocina» y «La dama y la turquesa», aportan la clave para leer el libro como un conjunto: un grupo de relatos inmersos en una realidad que no es fantástica ni mágica, sino pura transcripción del subconsciente. El primero de estos textos narra cómo una niña de nombre Lelinca se extravía de regreso a casa por seguir a un hombre desconocido. Al volver, sus padres han muerto y las criadas la reprenden por haber abandonado el hogar. La siguiente narración cuenta cómo una mujer que vive en una turquesa es expulsada a un mundo cruel y vil, del que logra escapar con la ayuda de un desconocido, que la lleva a vivir a una esmeralda.

Para Garro, «todos los tiempos son el mismo tiempo». Su obsesión por la temporalidad dislocada quizá tiene que ver con los textos budistas que su padre y su tío le leían de pequeña, pero también puede provenir de cómo vivió ella la transición del campo a la ciudad. Su infancia transcurrió en Iguala, Guerrero, en un ambiente rural que siempre recordó como un paraíso perdido: «Conozco la felicidad. La practiqué en la infancia». Su juventud comenzó en la incipiente urbe que era la Ciudad de México a finales de los años treinta; más adelante, conoció el mundo de posguerra: Japón, Francia y Estados Unidos. Tal vez ante tantos nuevos paisajes lo único seguro que le quedó fue la memoria, y conforme más viajaba más afianzada se sentía al pasado. Reflejó esta inquietud en su primera novela: *Los recuerdos del porvenir*, contada por un narrador omnisciente que es el pueblo mismo y, como tal, no hace distinciones entre los hechos que ahí han ocurrido y los que están por pasar.

En *Andamos huyendo Lola* el juego temporal es llevado al extremo hasta representarse en espiral: una simultaneidad de narraciones donde no solo los personajes, también la sensación de culpa e injusticia, permean todos los relatos, y la única esperanza radica en la fantasía: un sueño, una criatura fantástica, un hombre misterioso, acuden al rescate de las protagonistas, como si no pudiera ocurrir de otro modo, como si Elena quisiera decirse a sí misma que todo aquel sufrimiento (porque hay quienes niegan que ella tuviera problemas económicos y los adjudican a sus constantes caprichos, pero es imposible negar que

Elena se sentía excluida del mundo, y sufría); que todo el dolor, al final, valdría la pena.

Aún así, esta es una etapa optimista en la obra de Garro, quien procuraba poner en clave su pensamiento político, inexpressable para la época: en ocasiones sus opiniones eran radicales, en otras, reaccionarias. Su incorrección le trajo tantos problemas que en los años ochenta intentó reescribir su propia historia, bajo la suposición de que corrigiendo su literatura podría corregir su destino. Eso le explicó en una carta a Emmanuel Carballo: acababa de darse cuenta de que la fecha en que los periódicos nacionales la condenaron, un cinco de octubre, era mencionada en una escena primordial de su novela *Los recuerdos del porvenir*. «Yo misma había escrito mi suerte (...) La memoria del futuro es válida. Pero me ha fastidiado, y estoy cambiando los finales de todos mis cuentos y novelas inéditos para modificar mi porvenir. (...) ¡No deseo más tragedias! Y ahora pienso que los finales deben coincidir con los principios».

54 No obstante, sus últimos cuentos abundan en desesperanzas. El libro *El accidente y otros cuentos inéditos* opta por una prosa más simple, casi toda en presente. Por ejemplo, en «La feria o de noche vienes» podemos encontrar un cambio radical de estilo: sus complejas construcciones sintácticas dejan lugar a una prosa sencilla, detectivesca, que abunda en secuencias de acción con descripciones llanas. Además, aparece una multitud de personajes que llegan incluso a confundirse en la prosa. En estos escritos, Elena abunda en el recurso de la hipotiposis, figura que consiste en la descripción vívida y eficaz de alguien o algo. En ciertas narraciones es fácil de identificar: ocurre cuando los textos en pasado dan un salto a presente.

Me interesé por este recurso literario porque hace poco me planteé hacer un proyecto sobre el tiempo y cómo la manera en que lo percibimos se refleja en nuestras narraciones. Tuve que desistir ante un factor que, de tan obvio, al principio fue invisible: la narración es tiempo. Narrar es habitar, a través de la palabra, nuestro tiempo. No me refiero solo a la literatura, también hablo de nuestras anécdotas cotidianas, comenzando con los recuerdos.

En este conjunto de textos, Elena se arriesga con recursos estilísticos adelantados a la época, sobre todo en el contexto mexicano. No digo que escribir en presente sea una novedad (ya podemos ver casos de hipotiposis en textos clásicos como *Orlando el furioso* o *Micromegas*), sino que la intuición de Garro para experimentar el tiempo a través de los modos verbales, o la experiencia sensorial de sus personajes, se adelantó siempre a la escritura que la rodeaba.

A decir de Geney Beltrán, en los escritos de Elena Garro el tiempo cobra una dimensión oriental: el pasado se vuelve futuro y el presente se distorsiona en un ir y venir entre recuerdo y esperanza. «Lo que llamamos presente, pasado y futuro son (...) estaciones simultáneas que los seres humanos equivocadamente aprehendemos en secuencia, separadas una de otra». Para Elena, el pasado contiene en potencia todas las claves para comprender el presente y desentrañar el futuro.

Esta distinta percepción de la temporalidad condujo a la crítica a identificar *Los recuerdos del porvenir* como una precuela del realismo mágico, pero creo que, en realidad, su valor radica en contener la manera en que Elena comprendía el mundo, siempre balanceándose entre un aquí y allá. En una entrevista en su casa de Cuernavaca, en 1994, fecha cercana a su muerte, al ser cuestionada sobre cuánto influía el realismo mágico en su literatura, ella respondió: «No creo en eso. Hay mitad de realidad y mitad de invención. Porque en la vida real uno puede de pronto toparse con un ángel».

Un ir y venir fue su incursión en el campo cultural mexicano, que al principio dibujaba ante ella posibilidades infinitas para alcanzar el reconocimiento de sus pares: había sido coreógrafa, quería ser bailarina y sus obras de teatro eran aclamadas por la crítica; pero más tarde le mostró el gélido mundo de la política cultural, donde cada error de estrategia se paga con creces. También experimentó la promesa del amor romántico en la juventud y el posterior desencanto en el matrimonio, seguido del desamparo del divorcio. Y todo esto lo vivió amplificado, tan grande como ella era. Afirma Poniatowska: «Su magnetismo era el del sol. Como lo sabía, se vestía con todos los colores del sol, del ocre al amarillo».

Elena Garro terminó sus días en el olvido, sentada en un sillón desvencijado, en el recibidor de una casa venida a menos. En las entrevistas, se negaba a hablar de política, del 68 o de su exmarido. Evadía sus errores, pero se evadía sobre todo a sí misma, a su imagen deslucida en el espejo. Su último libro, cuyo manuscrito sigue extraviado, se titularía *El sol se ha vuelto negro*.

*

56 Elena, rubia, grácil, alta y delgada, joven, vestida de blanco con una chalina de gasa, asoma su mirada curiosa a través de un biombo japonés. Del otro lado está ella misma, sentada en una silla de ruedas, paralizada por la cortisona, mirando al horizonte. Su hija, la Chata, juega a ser enfermera: le trae a su madre una taza de té de jazmín, el único que es capaz de tolerar. Elena quiere atravesar la pared de papel y madera que la separa del pasado, quiere despertarse a sí misma del sopor producido por los fármacos. Pero es tarde, está en otro sitio: recostada en una incómoda cama de hotel. Mira hacia la ventana: por la vista sabe que está en Milán y su amante le mira la espalda desnuda. Acaban de discutir y les quedan pocas horas para terminar el encuentro. Elena no acepta fugarse a Buenos Aires: su esposo es abogado y tiene influencias en el gobierno. Le quitará a la hija si se entera. Ella cierra los ojos para evadir el disgusto, y cuando los abre es otra vez una niña, corriendo de un desconocido. Vuelve por fin a casa: entra por la cocina, caliente al calor de la lumbre. La criada le anuncia que sus padres han muerto. Elena rompe a llorar: sabe que debió elegir el convento, pero ya es muy tarde. Está sentada en una silla de ruedas y mira sus manos arrugadas. Cierra otra vez los ojos y se da cuenta de que en efecto, al final no ves tu vida pasar delante, es apenas un tiempo estacionado, una muerte que sin saber estuviste representando desde siempre. Todo el tiempo es el mismo y ella sonríe porque sabe que en el cielo volverá a ver a los ángeles que la olvidaron por un tiempo y, por supuesto, a sus gatos.

EL LIBRO OLVIDADO

Es un ejemplar de *El Barco de Vapor*, para lectores a partir de seis años. El autor, Antonio García Velasco. De chica era de mis favoritos, por eso lo releí hace poco. La anécdota es sencilla, si bien la manera de abordarla es curiosa. Un narrador omnisciente nos involucra en la conciencia de un libro de nombre LMMD, que lleva años en una librería, mirando a otros como él entrar y salir en manos de felices compradores. A veces tiene esperanzas: otras duda de sí mismo, de su propio contenido. En cierto capítulo evoca un rumor que circula entre sus compañeros: Juan Ramón Jiménez buscó los libros que escribió en su juventud y les prendió fuego. LMMD teme que ese sea su destino y piensa que, quizá, ni siquiera debería ser encontrado.

57

Releo la historia y me sorprende cuántos vaticinios contiene de mi futura vida como escritora. Creo que dentro de un libro como ese bien podrían estar mis palabras. Al teclearlas, surgen las mismas dudas. ¿A alguien puede interesarle lo que pienso? ¿Debería eso importarme? Yo, como LMMD, siento ansia por mostrar lo que tengo dentro. Sé que hay algo que tengo que decir: a veces no sé cómo, pero otras dudo incluso que valga la pena.

Cuando camino por la calle, observo, a veces demasiado, a la gente. Escucho conversaciones ajenas. La Ciudad de México es una suerte de Aleph, repleto de voces precarizadas, respirando aire sucio y recibiendo la inclemente radiación solar, que empeora con la ausencia de árboles. Pienso en las historias por contar. Sé que no podré alcanzar todas las subjetividades. Como no puedo alcanzar tantas cosas.

«Nunca podré leer todos los libros que quiero, nunca podré ser toda la gente que quiero, ni vivir las vidas que quiero. ¿Y qué es lo que quiero? Quiero vivir y sentir todas las sombras, tonos y variaciones de la experiencia mental y física posibles. Y estoy terriblemente limitada», escribió en su diario Sylvia Plath, en 1950.

*

Miré *La tumba de las luciérnagas* por primera vez con mi madre, a los doce años. El DVD me lo había prestado un amigo. Ya había visto antes otras series y películas de animación japonesa. Aun así, no comprendí de qué se trataba esta en particular; me pareció demasiado monótona. ¿Qué significado podría tener aquella sucesión de hechos trágicos, uno tras otro? Mi mamá lloró. Yo no la consolé, tampoco dije nada. Me agobiaba el tema de la guerra: cuando era representado en estruendosas películas de acción, o en dramas silenciosos como este.

58

Crecí en una ciudad pequeña, donde aparentemente nunca ocurría nada. Entendí tiempo después que la violencia puede tomar cientos de formas sutiles y monstruosas: se escucha un balazo fuera de la prepa, entran a robar a casa de la vecina mayor de edad, secuestran al dueño de un bar, una compañera de la secundaria desaparece. Debido a la costumbre, estas noticias se pasan por alto, ocurren como telón de fondo, y eso mismo les brinda un aire de lejanía, como si, a pesar de ocurrir a dos cuadras, pasaran en otra parte.

Hay una frase muy conocida de Theodor Adorno, de esas que por su sonoridad memoricé al vuelo en alguna clase en la facultad: «no se puede escribir poesía después de Auschwitz». Es cierto. No se puede hacer nada cuando la crueldad permea cada rincón de los días, de la intimidad. Pero se hace. Pienso en Ana Frank, Marta Hillers y Ginette Kolinka. Aunque ellas no escribieron poesía, formalmente hablando, hay algo de intención poética en sus escritos, de lograr un exangüe alivio al registrar lo que vivieron. Dice Hillers en *Una mujer en Berlín*: «Vivimos en un cerco de cañones que se va estrechando con cada hora que pasa. De vez en cuando hay horas de un silencio inquietante. De pronto se le pasa a una por la mente que es primavera. A través

de las ruinas calcinadas del barrio sopla vaporosamente el aroma de las lilas desde jardines sin dueño».

Ellas vivieron y documentaron, cada una desde una mirada propia, la guerra. ¿Nosotras podremos hacerlo? ¿Es una comparación exagerada? Creo que ahora los conflictos son menos estruendosos, pero constantes. No hay grandes combates entre naciones, aunque nuestra cotidianidad, en apariencia apacible, requiere formas de violencia que desprotegen la vida al darle prioridad al capital.

Uno de mis tíos se fue de indocumentado. Hace un mes mataron a un chico a unas cuadras de mi casa. Al papá de un amigo lo secuestró y extorsionó el narco. Mis amigas y yo tenemos miedo de salir a la calle. Y mi experiencia personal es apenas un ápice de la violencia que, en distintos grados y contextos (donde el género y el factor socioeconómico son determinantes), vivimos en este país.

Es algo distinto a la guerra: una violencia que cala, día a día, nuestro cuerpo. Un conjunto de agresiones sin nombre. Al no poder nombrarlas, tampoco podemos imaginar cómo terminar con ellas, cómo sanar los vínculos sociales maltrechos, cómo acompañarnos entre tanta incertidumbre.

59

*

Thalía era una chica extrovertida. De esas que parecen no tener ningún problema con el mundo. Por el contrario, yo siempre me sentí fuera de lugar en la universidad. Entré a Comunicación como tantas personas que quieren estudiar Humanidades pero prefieren no arriesgarse a cursar una carrera poco lucrativa, muchas veces bajo la influencia de sus padres. Hay que decirlo: tampoco hay empleo en el área de medios. Para ser precisos, cualquiera que sea la disciplina, hay pocos puestos de trabajo para personas con estudios universitarios.

En clase de Producción Audiovisual, para el proyecto final, me reuní con Thalía y su mejor amiga. Ellas me integraron a su equipo, dado que yo no conocía a nadie en el salón. Me había cambiado ese semestre al turno de la tarde.

En esa asignatura en particular, me exasperaba lo indolente que era nuestro profesor. Aún ahora me sacan de quicio los *aviadores*: docentes que entran a trabajar por recomendación, no sabennada de la materia y solo improvisan para cobrar un sueldo. El catedrático en cuestión salió al paso con una estrategia infalible: pedir un trabajo por equipos. Como se trataba de producción televisiva, pidió a cada pequeño grupo un *remake* de sus videos musicales favoritos. A mí y a las chicas nos tocó *I was made for lovin' you*, de Kiss.

Ellas me permitieron dirigir, porque no me gusta estar ante las cámaras. Para mí es mucho mejor el *backstage*: organizar, gestionar, dirigir y ver cómo cada indicación se transforma en imagen: *close up*, *medium shot*, plano americano.

Thalía y su mejor amiga se esmeraron con el maquillaje. Un par de chicos se unieron al equipo para completar a los integrantes de la banda. El día de la grabación, todos traían las caras pintadas de blanco y negro y tocaban instrumentos de utilidad. Hacíamos la actividad muy en serio, aunque en el fondo sabíamos que era absurdo. Así podría resumir mis años en la universidad.

El último día de clases, durante la entrega del trabajo final, vimos juntos el resultado de la grabación proyectado en la pared. Nos reímos, un poco por timidez, otro tanto por el alivio de haber terminado ese engorroso trabajo final. Yo estaba satisfecha con el video, sobre todo por no haber salido a cuadro y por terminar aquella materia insufrible.

Al terminar ese semestre me mudé a la Ciudad de México. Las redes sociales se volvieron mi única conexión con mis compañeros de la universidad. Por ese medio me enteré de que Thalía estaba desaparecida. Entre chistes, videos musicales y fotos turísticas de algún conocido, miré una imagen compuesta por múltiples fotos con su rostro. En todas sonreía, algunas mostrando los dientes. Miraba sin temor a la cámara. En la esquina inferior derecha, con letras negras sobre fondo blanco, pedían una oración por Thalía, para que se encontrara bien donde quiera que estuviese, y agradecían por adelantado cualquier información sobre su paradero.

Me pregunté qué habría pasado, si algo habría ocurrido para llegar a esa situación. Seguramente nada, la escuela debió seguir como siempre: clases durante todo el día, en turno matutino y vespertino, alumnos platicando en las bancas, la cafetería con los mejores chilaquiles del mundo, el patio sin árboles con el pavimento que refleja el sol calcinante de la zona sur de Puebla. Thalía y yo éramos de generaciones distintas, así que ella seguía estudiando cuando yo ya había terminado la carrera. Los periódicos en internet decían que había faltado a un examen y una amiga le había escrito varias veces sin obtener respuesta. Por lo poco que yo la conocía, sabía que que era imposible que se ausentara sin avisar.

Quise pensar cualquier cosa. Quizá fue una confusión, un accidente menor. Ya me enteraría. No seguí el caso de cerca, igual no podía ayudar estando tan lejos. Y hubiera sido poco sutil preguntarle a su amiga por los detalles, cuando no me había comunicado con ellas en todos los años después de irme.

Días después, me enteré de la noticia, también en redes. Algo frío me recorrió el estómago. Mi dedo índice pesaba, resistiendo a seguir el morbo de la prensa. Y sin embargo, abrí el enlace. Me enteré de detalles relacionados con el cuerpo de Thalía que no repetiré aquí.

Prefiero recordarla con esa sonrisa amplia, mostrando todos los dientes, cantando a Kiss, o sacando una pluma de su lapicera para prestármela; siempre olvido llevarlas a clase.

*

Mi hermano más pequeño tiene quince años y es melómano. Le gusta el rock. Una temporada reproducía aquella canción de Kiss sin parar en su bocina *bluetooth*. Nunca le conté la historia de Thalía para no quitarle algo importante. Aunque a estas alturas es absurdo ocultarle cualquier información: tiene quince años y es parte de una generación que accede a todo tipo de datos con facilidad.

Cuando hago una visita prolongada a Tlaxcala, hay días que nos quedamos platicando en la noche; mientras trabajo en algún encargo, él dibuja: es otra de sus aficiones. De

fondo, escuchamos música. Su canción favorita por estos días es *Pumped up kids*, de Foster the People. Yo la había escuchado un par de veces de fondo en algún café o una fiesta. Un día platicaba con él y me dijo que le encantaba *la letra* de la canción. La pusimos en Youtube, con subtítulos. El vocalista representa la voz de un asesino escolar, que en tono calmo les dice a sus compañeros de escuela: corran. Corran o les dispararé. Le pregunté a mi hermano por qué le gusta tanto. Me respondió que el contraste de la voz suave y tranquila con un tema tan sórdido lo hace sentir mejor cuando está triste. Yo recordé los cuentos de Nellie Campobello, donde una niña pequeña se hace amiga de un cadáver arrojado a la vuelta de su casa. La voz de la niña es ingenua, pero también lúgubre.

En ambos casos, prevalece la ternura.

62

A veces, cuando termino de trabajar, mi hermano y yo nos desvelamos platicando, con la emoción y la culpa de hacer algo prohibido, porque al día siguiente le costará muchísimo levantarse para ir a la secundaria. De repente, él me pregunta qué rumbo tomará el mundo. Intento decir algo inteligente, lo discutimos un buen rato y no llegamos a nada. Yo tenía la misma duda a su edad y siempre intentaba resolverla con mis amigos. A veces creíamos que nosotros cambiaríamos la situación. Otras éramos más pesimistas, y llegábamos a la conclusión de que sería mejor quemarlo todo, destruirlo. Porque la vida, es repetitivo decirlo, a veces es una mierda. Los seres humanos solemos dañar o consumir todo lo que nos rodea. Pero de pronto, un huerto. Una canción que hace sentir mejor a un adolescente. Las palabras en el momento indicado.

De un tiempo para acá, él no se separa de una banda de rock. A veces canta con ellos y está diseñando la portada de su primer disco. Disfruto verlo dibujar, escucharlo cantar y bailar con él, sacudir el cuerpo al ritmo de esa música de hace veinte años que todavía nos brinda una sensación de libertad.

Los integrantes de la banda son sus amigos. Todos tienen la misma edad que mi hermano. Es decir, nacieron después del 2000. El nombre del grupo es *The effects of the economic crisis*.

NO VIAJABAN SOLAS

Cuando le preguntaron qué la había motivado a crear *Sailor Moon*, Naoko Takeuchi respondió: «Me sentía sola, así que escribí sobre las amigas que hubiera deseado tener». Estos días de ocio también me he dedicado a mirar dos series: *Strong Girl Bong Song* y *Jessica Jones*. Si bien hay una distancia cultural abismal entre ellas, ambas relatan la historia de una chica inusualmente fuerte para su entorno. La primera, en el tono de una comedia romántica; la segunda, en el de un *thriller*.

63

Aunque su aparición en cine y televisión sigue siendo inferior a la de superhéroes, no cabe duda de que las superheroínas están de moda. En los noventa, cuando *Sailor Moon* se emitía en televisión mexicana, no era así. La dibujante japonesa fue pionera al conformar una épica totalmente femenina: en su *manga* que después fue transformado en *anime*, un grupo de mujeres guerreras lucha por la justicia a través de generaciones de linajes femeninos unidos por el afecto y el cuidado común. Si bien en 1941 *Wonder Woman* ya había aparecido en un cómic, este personaje trabajaba en conjunto con hombres, en la Sociedad de Justicia de América: era su secretaria. Por otro lado, en 1976 se estrenó la película *Los ángeles de Charlie*, donde surge una agrupación femenina homónima, que no obstante está vinculada por una voz invisible y masculina.

En *El héroe de las mil caras*, Joseph Campbell analizó distintos mitos de regiones occidentales y orientales. Con las similitudes

entre estos conformó una estructura, la de «El viaje del héroe», que enuncia los elementos narrativos comunes entre épicas de distintas culturas. Es notable que dicho héroe es, en principio, masculino y representa la parte activa de la historia, mientras que la mujer carga con una simbología distinta: la casa, el hogar, el regreso, la magia, la ensoñación, etcétera.

Todo héroe necesita aliados, ayudantes que le muestren el camino a seguir: la compañía de seres sobrenaturales o elementos mágicos lo conducen hacia su destino. Así, considerar a la mujer en todo su potencial, como la protagonista de una épica personal, implica pensarla acompañada.

Abundan textos sobre la amistad estudiada como parte intrínseca de la condición social y política del ser humano. Tenemos ejemplos a través de toda la filosofía occidental: Platón, Aristóteles, Cicerón, Michel de Montaigne, Jacques Derrida y Giorgio Agamben. Hay un elemento crucial en sus propuestas: estos filósofos parten del supuesto de que la relación de amistad, en su sentido más trascendental, existe sobre todo entre hombres. Esto debido a que es reciente la inclusión de la mujer como sujeto filosófico y participante activo de la sociedad.

Es a partir los primeros movimientos feministas que consiguieron el voto en 1920 en Estados Unidos, y en años posteriores en otros países, cuando se establece colectivamente en el mundo occidental la inclusión del género femenino en las decisiones políticas y económicas. *Una habitación propia* (1929), de Virginia Woolf, fue publicado en esa época, quizá por ello su tema principal es la necesidad de la escritora de tener un espacio de trabajo, y a través de sus creaciones, un lugar en la literatura. Cuando leí por primera vez ese texto tuve una sensación extraña: con todo y los casi cien años que nos separan, por fin pude identificarme con la autora de un libro. Comprenderla al pie de la letra.

Recién podemos considerar *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir, publicado en 1949, el texto fundacional que considera como objeto de estudio filosófico el rol de la mujer en sociedad: escrito, además, por una mujer y no por un hombre. Los estudios respecto a la amistad son posteriores: *A passion for Friends*, de Janice Raymond, publicado en 1986, estudia la amistad femenina desde sus orígenes, las luchas sociales que se han

conformado a partir de lazos afectivos entre mujeres, e incluso los obstáculos que pueden existir para que un grupo de mujeres se relacione entre sí.

La teórica estadounidense hace un repaso de la tradición de la amistad femenina, criticando su falta de visibilidad y registro histórico. Existe —afirma— la percepción de que «las mujeres sin un hombre no están acompañadas». Pero esto es falso ya que «las mujeres juntas no están solas».

A treinta y cuatro años de la escritura de ese libro, es posible relacionarlo con el caso de dos adolescentes sudamericanas asesinadas durante un viaje por Ecuador en febrero de 2016. Los titulares de prensa afirmaban que las chicas «viajaban solas», cuando, evidentemente, estaban acompañadas la una por la otra. Esta noticia llamó mi atención porque yo he viajado como mochilera; lo hago cada que tengo oportunidad, lo cual no ocurre tan seguido como quisiera.

La última vez que viajé así, hice un viaje de dos meses por Perú, Bolivia y el norte de Chile. Mi base fue la casa de unas amigas en Lima, donde me quedé, en periodos intercalados, por tres semanas. Éramos cuatro mujeres habitando un hogar. Jamás me había sentido más cómoda, ni más protegida.

Al principio no lograba entender sus códigos. Quizá la forma en que crecí me conduce a un egoísmo natural, instintivo. Por eso me costó tanto llevarme bien con mi hermano al principio. Tuve que reaprender mis formas de convivencia, a través del cuidado y el cariño.

En la que fue mi casa en Lima, cuando me levantaba, el desayuno estaba listo. Alguna de las hermanas lo había preparado antes de salir. Así que yo lavaba platos o barría un poco. La despena nunca estaba vacía: al parecer la casa funcionaba sola. Yo siempre intentaba aportar lo más que podía, pero muchas veces el trabajo estaba ya hecho.

A la menor de ellas, Nomi, la conocí años atrás en un intercambio académico en la Universidad de Quilmes, en Argentina. Nos caímos bien de inmediato: a ninguna de las dos nos gusta llamar demasiado la atención. Ella, como sus hermanas, es *nikkei*, japonesa de segunda generación. La de enmedio, Pauchi, es una reconocida violinista. La mayor, Angie, es abogada.

Todas las noches nos reuníamos en la mesa del jardín a comentar el día, a beber té o café o cerveza. Me costó entrar en su diálogo, natural y relajado. Me costó confiar en mi modo de ser, en mis palabras. Para Janice Raymond, el borrado histórico de la amistad femenina proviene, de entrada, de la falta de autoestima que genera el patriarcado en la mujer. «La mujer que no se ama a sí misma no puede amar a otra».

Durante toda mi estancia en su casa, admiré el ritmo de trabajo de mis amigas. Nomi es la productora de Pauchi: en ese momento estaban preparando juntas un concierto próximo, en Berlín. Angie da clases en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Todas llevaban un ritmo de vida vertiginoso; yo iba más lento, ya que estaba ahí de vacaciones.

Un día, por fin, pude retribuirles todo lo que me habían cuidado en ese país. Las demás estaban ocupadas, así que yo acompañé a Pauchi al hospital: tenía un malestar en la rodilla y le iban a hacer estudios para descartar algún padecimiento grave. Ella estaba muy nerviosa, ya que eso podría afectar su próximo concierto. Aunque no hablamos mucho, estuve a su lado un par de horas. Le conseguí un poco de agua y la tapé con un rebozo que traía puesto. Estuve a su lado mientras el médico le hacía una ecografía. Escuchamos el sonido de la circulación de su sangre. Lloramos de alivio cuando el médico nos dijo que todo estaba bien.

Recordé algo que leí, una conferencia que dio Johanna Hedva en 2015: «La protesta más anti-capitalista es cuidar de otro y cuidar de uno mismo. (...) Protegernos los unos a los otros, para promulgar y practicar comunidad. Una hermandad radical, una sociedad interdependiente, una política de cuidado». Cuando salimos del hospital, tomamos un taxi hacia la casa. Angie ya estaba ahí. A solas, me dijo: «si ya estás en la lista de contactos de emergencia, ya eres de la familia». No le dije nada, pero pensaba lo mismo.

Para evitar caer en idealismos y falsas expectativas, propias de los inicios del movimiento feminista, Raymond advierte que no todas las mujeres pueden ser amigas. Sin embargo, opina que «todas las mujeres tienen el potencial de formar amistades vitales con otras mujeres. Desafortunadamente, muchas fueron despojadas de este potencial antes de que se formara alguna extensión

del mismo». Durante la prepa y la universidad preferí tener amigos hombres. Tenía la impresión de que ellos eran menos superficiales y más fuertes que las mujeres que me rodeaban. Sin embargo, también en ese viaje, aquel prejuicio terminó de disolverse.

No creo que haya sido la escena en el hospital lo que me permitió abrirme a la relación con ellas. Creo que fue la acumulación de todo lo que vivimos juntas: las charlas, las lecturas de tarot, la visita a la vidente, desvelarnos alguna noche tomando *gin tonic*, poniéndonos al tanto de los acontecimientos que cambiaron nuestras vidas durante los años que dejamos de vernos. Ni la amistad ni el feminismo tienen una sola manera de razonarse, mucho menos de actuarse. Pero creo que es posible pensarse múltiple al imaginarse desde la otra, otorgándole un lugar preponderante al cuidado mutuo.

UN LUGAR SEGURO

Mañanas como esta
las pasábamos tumbados, escuchando
Erik Satie, Pescado Rabioso o solo nuestra respiración
(la de ella al dormir me aliviaba el mundo)
y eso es lo más cerca que he estado del satori

IVÁN PALACIOS OCAÑA

Se habrá notado en el contenido de este libro un olvido que permea lo escrito. Se escabulle entre las palabras, se oculta en imágenes, se olvida a propósito en las referencias. Me refiero a mi padre. Aún nos vemos, pero no somos tan cercanos. A veces me pregunto si mi relación con él no determina esa sensación de desprotección que me invade a cada rato. Ese impulso por encontrar un maestro. Un guía.

Hace algunos años, cuando llegué a vivir a Puebla, fui a una charla de José Agustín. De él, solo había leído en ese entonces *La Tumba y Cómo se llama la obra*. Acababa de entrar a un diplomado de escritura creativa donde me enteré, a los veinte años, de que se puede estudiar para ser escritor; es más, hay gente que vive de actividades relacionadas con la escritura y no son genios tocados por alguna divinidad. Estaba entusiasmada.

La presentación fue en el Teatro de la Ciudad. Un edificio de estilo barroco y con asientos acolchados, vestigios de una antigua pretensión de lujo, tan común en la capital poblana. Me senté en un palco: el lugar estaba abarrotado. Yo, sorprendida de que tanta gente quisiera ver hablar a un escritor. Mi ingenuidad era real: el periodo en que crecí fue uno de los menos activos para la cultura en Tlaxcala. Algún funcionario sin entusiasmo gastaba el presupuesto en el carnaval, la feria y las orquestas regionales. Por eso me costaba tanto imaginar eventos masivos en torno a la literatura.

La charla comenzó y se podía sentir un ambiente de emoción creciente que llevaría todo a consecuencias funestas, propias de un cuento de Yasutaka Tsutsui. Podía notar, a mi alrededor, la energía expectante y casi adoratoria de los asistentes. A mí me gustaba (me gusta) José Agustín, pero, ¿tanto como para mirar con los ojos casi húmedos de emoción una entrevista pública, aprobando cada afirmación con un gesto de la cabeza y sonriendo ante cada ironía y cada *pinche* o *puto* que el escritor pronunciara?

La historia de la contracultura en Puebla es tan intensa como el impulso conservador de sus habitantes. Por algo la primera vanguardia mexicana surgió en dicha ciudad. De hecho, recuerdo haber visto entre el público al único punk que iba a la misma facultad que yo. Siempre quise hacerme amiga de él y su novia, pero nunca he podido estar del todo a contracorriente. Aunque miles de cosas en el mundo me molestan, mi tendencia a la calma me lleva a parecer más bien convencional.

70

Terminó la presentación con un bramido de aplausos. Muchos se levantaron de sus asientos, ansiosos porque el escritor les firmara sus libros, viejos y manoseados. Yo había leído la obra de José Agustín en copias, hacía varios años. No tenía (no tengo) la costumbre de pedir que me firmen los libros. No entiendo el mérito de tener un libro garabateado por un extraño, cuando en realidad intimamos con el autor al leerlo. Quizá nos enteramos de cosas que no cuenta ni a su compañero de cama. ¿Para qué una firma?

Sin embargo, todos corrían al escenario para asediar a José Agustín con los libros abiertos en la primera página. Él, pelo gris, mezclilla, suéter amarillo brillante, cordial y paciente, firmaba, de pie, como podía, a toda prisa, para que el tumulto fuera calmándose. A esas alturas la gente formaba una marea, un leve terremoto, una ventisca. El escritor con una mano trazaba su nombre en algún ejemplar y con la otra intentaba, al mismo tiempo, detener a la multitud.

Aún en el palco, yo miraba la escena y me preguntaba si debería gastar ciento cincuenta pesos para conseguir ese amuleto: un libro firmado. ¿Lo quería de verdad? ¿Sería algo tan bueno como *La tumba*? *Cómo se llama la obra* no me había gustado

tanto. ¿Debería pedirle al chico punk que me recomendara otro libro que comprar? A fin de cuentas, el escritor estaría ahí por horas, hasta que terminara con los cientos de ejemplares que desfilaban ante él.

Entonces escuché un golpe seco. Y silencio. Y murmullos. Alcé la vista y el autor ya no estaba en el escenario. Las miradas se dirigían hacia el foso de orquesta. Tuve una sensación pesada, de urgencia, de que debía hacer algo. Pero me quedé quieta, mirando desde arriba el ajetreo confuso de la gente. En el piso, sin poder moverse, estaba José Agustín.

Uno de los organizadores tomó el micrófono. Estoy segura de que las manos le temblaban tanto como la voz. Nos pidió evacuar el edificio.

Fuera, escuché conversaciones. Algunos lo habían visto más de cerca o más lejos. Alguien dijo que hubo sangre. Me encontré al chico punk. Le mentí y le dije que yo estaba a punto de bajar por mi firma cuando pasó. Él me respondió que vio todo de lejos, pero qué pedo con esos pinches locos que se habían subido así al escenario. Qué idiotas, respondí. Y me fui a casa. Estaba asustada, lloré un poco.

71

Hace unos días leí por casualidad *Memorial de nuestra amnesia*, un adelanto de la novela de José Agustín Ramírez, hijo del escritor José Agustín. Y me enteré de que la caída fue mucho más grave de lo que se anunció, seguro para no dejar mal al gobierno en turno. José Agustín se dio un golpe en la cabeza. Perdió la memoria temporal. Empezó a beber más de lo que ya bebía. Volvieron los arranques de furia.

Ramírez habla de su padre y se vuelve a ratos su sombra. Esa necesidad de hombre de medirse con el padre: desde Luke Skywalker hasta Juan Preciado. Le cuento a un amigo y me recuerda que Pitol buscaba a su madre. Y me pregunto por qué hay tantos hombres buscando cosas. Y a todo esto, ¿nosotras qué buscamos?, ¿qué busco yo?

¿Busco acaso a mi padre, en esa necesidad permanente de cariño y condescendencia? ¿Me haría feliz acercarme más a él? ¿Su falta de fe se ha vuelto la mía? En el divorcio, mi papá se puso mal. Me decía que a veces veía figuras moverse en las paredes. Dormía en un cuarto sin ventanas, una bodega en casa de su

madre, mi abuela. Leía como desesperado, buscando una solución al enigma de su separación. Sus padres, mis abuelos, nunca se separaron. ¿Por qué él había fallado?, me imagino que se preguntaba. Entonces escribió su primer y hasta ahora único libro: *Cien pruebas de la no existencia de Dios*.

Me presentó unas copias impresas, y no lo entendí. Era demasiado abstracto. Mi padre enseña matemáticas y física en una secundaria. Le gusta leer filosofía. Y de todo eso, había extraído una serie de aforismos, algunas fórmulas, enunciados, que demostraban que Dios no existe. En esos tiempos, yo estaba en plena crisis espiritual; como toda persona de dieciséis años que vive en una familia disfuncional. Sentía cierta inclinación hacia lo espiritual, pero no creía en la iglesia. Fui a una escuela de monjas un par de años; el excesivo rigor y lo tedioso de las ceremonias me habían hecho descreer. A la vez, leía libros de autoayuda que se inclinaban por un catolicismo *new age* o una vuelta a la tradición prehispánica mediante sustancias psicodélicas. En fin, estaba perdida.

72 El libro que escribió mi padre vino a confundirme más. Primero, porque no comprendía el contenido, pero lo peor era que no entendía el gesto. No le bastaba ser ateo; mi papá quería convencernos a todos. Demostrar que había descubierto un hilo negro. Intentó publicarlo y lo rechazaron varias veces. Yo pensé en ayudarlo, pero estaba muy ocupada con mis clases de karate; además, aunque ya comenzaba a interesarme en la escritura, no sabía si quería hacer legible un libro así.

Me pregunto en qué creo. Estos días, en el zen. Estoy leyendo *El camino total*, de Salvador Benesdra. El libro es un intento por crear una filosofía íntima, personal, que utiliza prácticas enfocadas en situarse en el momento presente y buscar la concentración máxima a través de la aceptación del entorno. Intento aplicar esa forma de pensamiento a mis problemas familiares. De todas formas, ¿cómo podría solucionar el pasado? ¿Tiene sentido obsesionarse con eso?

Un poema de Cecilia Pavón dice: «A veces / cuando paso por la Iglesia de San Expedito prendo una vela verde / y roja y pido algo, el otro día pedí paz / una vez hace tres años pedí claridad». Con eso para mí sería suficiente.

Hace unos días, una amiga tuvo una crisis nerviosa a la mitad de una fiesta. Ya nos había contado que estaba asustada por los rumores de secuestros a chicas cerca de estaciones del metro, acá en la Ciudad de México. Yo le dije que no es bueno tener miedo. Añadí —hablé de más porque estaba borracha— que estaba escribiendo un libro sobre eso, sobre cómo crear un lugar seguro. Al menos en nuestro interior.

La dejé hablando con otros amigos (porque cuando estoy borracha hago eso, entro y salgo de las conversaciones, sin mucho sentido). Y cuando volví, ella estaba gritando. Le gritaba a uno de ellos que él no entendía, por ser hombre. Que él no entendía el miedo a ser acosada, violada, secuestrada. Gritaba para defenderse de un enemigo, en aquel momento representado por él. Intenté acercarme a ella y me rechazó. Dijo que la estábamos tratando como si estuviera loca. Que ninguno de nosotros entendía.

Yo traté de contarle todo lo que he pasado, lo que he visto. Los acosos, el asalto. Los robos, pleitos con violencia e incluso asesinatos que ocurren cada tanto en mi colonia, conocida por ser una *colonia brava*. Con todo y eso, vivimos procurando cuidarnos. Eso quise decirle, no para indicarle cómo sentirse; quería explicarle que no está sola. Que yo la quiero y todos los que estábamos en ese lugar la queremos. Pero lo dije todo mal. No me salieron las palabras y ya era tarde. Ella estaba demasiado asustada, imposible de consolar.

73

Me fui a casa triste. Pensando en cómo transmitirlo. Después de viajar un par de meses de mochilera, concluí que hay dos claves para el trayecto: confianza y cuidado. Confianza porque la paranoia nos hace más débiles. Y cuidado porque el mundo es un lugar peligroso. Y la vida es frágil y por lo tanto hay que cuidarla.

Pero supongo que cada una lo descubre a su momento, con distintas palabras. Me gusta cómo lo dice Lydia Cacho: «El miedo no colonizará mi espíritu». Y vaya que ella sabe del tema. Ha sido torturada y es amenazada constantemente por su labor periodística. La veo tan entera y pienso que quizá no podemos dejar de tener miedo, menos en este entorno donde es casi imposible ignorar las constantes amenazas que se ciernen sobre

nosotras. No obstante, podemos procurar los espacios donde nos sintamos a salvo, y si no existen, conformarlos a partir de relaciones de afecto.

Esa noche, al llegar al departamento, mi hermano estaba sentado en la mesa del comedor, estudiando con la laptop que ha pasado por distintos miembros de mi familia por casi diez años. Lo saludé y me senté frente a él. Cerró la computadora y me preguntó cómo me había ido. Le conté lo que pasó en la fiesta. Platicamos un rato de la situación en esta ciudad. De las precauciones que tomamos, los accidentes que hemos tenido, el miedo que casi siempre nos acompaña al estar en la calle. De lo distinta y parecida que es al lugar donde crecimos.

Poco después se fue a dormir; yo fui a la cocina a hacerme un té. Me dolía la garganta, así que lo preparé de canela con jengibre. Le puse un poco de miel. Siempre que tomo esa infusión en particular me invade una sensación de gratitud. Hay algo reconfortante en la combinación de sabores, suaves y cálidos.

74 Agradezco estar viva, aunque el cuerpo me duela. Agradezco que mis seres queridos estén bien, aunque a veces no sepamos cómo acercarnos unos a otros. Agradezco tener amigas y amigos en quienes confiar. Agradezco que en la calle haya también gente buena. Agradezco que un día más me haya librado de todo mal. Agradezco escribir.

CDMX, agosto de 2018 / diciembre 2020

ÍNDICE

9	DESOCUPARSE
19	OBRA NEGRA
25	LA CULPA
31	<i>HOMETOWN</i>
33	EL RUIDO QUE HACE UN ÁRBOL AL CAER
39	MEDIR LA TRISTEZA
45	34 B
51	PRESENTE SIMPLE
57	<i>EL LIBRO OLVIDADO</i>
63	NO VIAJABAN SOLAS
69	UN LUGAR SEGURO



PARAÍSO PERDIDO

©2019, 2021, DE LOS TEXTOS:
Olivia Teroba

©2019, 2021, EDITORIAL PARAÍSO PERDIDO
Misiones 574-13
Guadalajara | México | 44500
hola@editorialparaisperdido.com

PRIMERA EDICIÓN, OCTUBRE DE 2019
PRIMERA REIMPRESIÓN, ENERO DE 2020
SEGUNDA EDICIÓN, MAYO DE 2021

ISBN
978-607-8646-72-2

DISEÑO DE LA COLECCIÓN
©Antonio Marts | **typotaller**

ILUSTRACIÓN DE PORTADA
©Lizeis

CORRECCIÓN ORTOGRAFÍA
typotaller

Se autoriza la reproducción de este libro
total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro,
siempre y cuando sea para USO PERSONAL, SIN FINES DE LUCRO
y se cite al AUTOR y a los EDITORES.

IMPRESO Y EDITADO EN MÉXICO

UN LUGAR SEGURO

segunda edición
del libro de ensayos
terminó de imprimirse
en mayo de 2021.



El tiraje fue de 500 ejemplares
y en su composición
se usó tipografía
Calluna de 8, 9 y 11 puntos
y Taylor de 24 y 9 puntos.



El diseño y la gestión de impresión
estuvieron a cargo de Typotaller.
(typotaller@gmail.com).



Impreso por: Integra
Arista 1086 | Col. Villaseñor
Guadalajara | Jalisco | México

   Eparaísoperdido

Este libro me pareció un oasis. Es precioso y lo recomiendo mucho.

JULIETA VENEGAS

Un lugar seguro es al mismo tiempo una declaratoria de principios y una red tejida de lecturas, dificultades, amistades e inquietudes constantes de la autora. Su habilidad para cruzar de asuntos locales a rasgos generacionales hace que sus textos resuenen más allá de la experiencia propia.

ASTRID LÓPEZ MÉNDEZ

Me gusta cómo escribe Olivia Teroba, cómo relaciona la cultura pop con la literatura, y con la política, y con algunas sensaciones y sentimientos que atraviesan el pecho a las escritoras y escritores de mi generación. Su primer libro, este *Un lugar seguro*, lo he subrayado casi entero. No hay página sin una buena idea y tampoco la hay sin una prosa limpia y radiante.

LUNA MIGUEL

En *Un lugar seguro* se unen dos líneas: el ser y el observar; es decir el ser de Olivia y su forma de observar el mundo. Digo observar pero bien puedo decir leer. Cada ensayo es como contar los pasos del refri a la puerta, de la puerta a la calle, de una ciudad a otra. Cada ensayo se une directa o indirectamente al anterior o al sucesor, cada ensayo nos muestra a una autora que, meticulosa, le pone palabras a las emociones que no sabemos que tenemos o tuvimos.

SYLVIA AGUILAR ZÉLENY

Los ensayos de Olivia Teroba, contenidos en este túnel de luces y palabras, revelan la búsqueda de los lazos familiares, los sitios a los que alguna vez pertenecemos, la amistad, la compañía. La lectura de estas piezas participa del acto íntimo de la autora, de su vivencia y su escritura, que se replica de forma simétrica en la preocupación humana por encontrar un espacio, real o metafórico, que nos dé refugio.

MARIANA ORANTES



Eparaisoperdido

ISBN 978-607-8646-72-2



9 786078 646722

editorialparaisoperdido.com